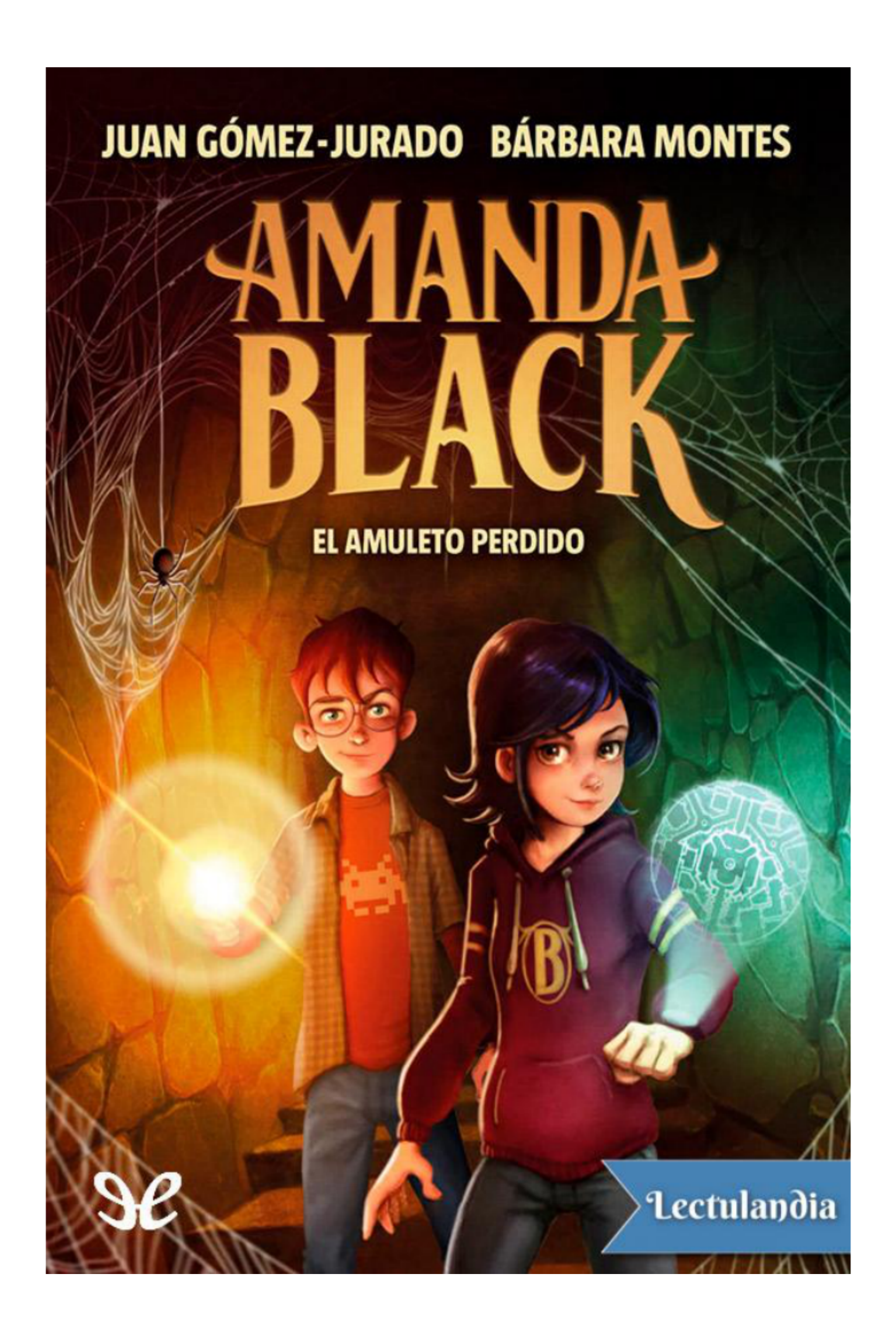

JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES
AMANDA BLACK
EL AMULETO PERDIDO
Lectulandia

Lord Thomas, toda una institución en la ciudad, reclama a los Black que le devuelvan un amuleto familiar, un brazalete que robaron hace años por el bien de todos.

Sin embargo, el amuleto ya no está en manos de la familia de ladrones. Cuando la tía Paula le confiesa a Amanda que su bisabuela regaló el brazalete años atrás, elaboran un endiablado plan para recuperar la joya. Amanda y Eric seguirán la pista del brazalete hasta una mansión encantada, mientras que Paula se embarcará en un peligroso viaje con lord Thomas para evitar que descubra la verdad.

¿Logrará Amanda salvaguardar el honor de la familia Black?

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

El amuleto perdido

Amanda Black - 2

ePub r1.0

Titivillus 02.01.2022

Título original: *El amuleto perdido*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2021
Ilustraciones: David G. Forés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Bárbara Montes quiere dedicar
este libro a Noah

Juan Gómez-Jurado quiere dedicar
este libro a Andrea y Javi

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda, no solo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino... Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Lo que más quiere en el mundo es a su madre y después a Amanda (aunque le gusta mucho Esme, la amiga de ambos).



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que esta abra

la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y… ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados. También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: compañera de Eric y Amanda en el instituto. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida. Mientras tanto, se alegra de tener a Eric y a Amanda como amigos y de que le cuenten sus últimas aventuras (a ella también le gusta un poco Eric).

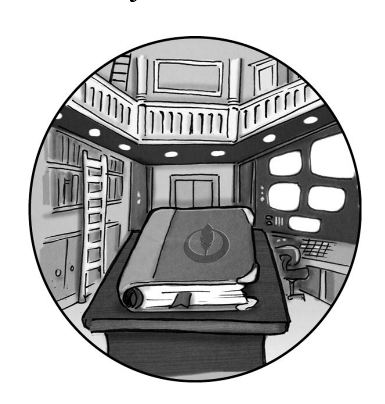


Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden hacer uso de ella para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).



Prólogo

Avanzaba por el templo con toda la cautela de la que era capaz.

Mientras preparaba la misión con Benson, la tía Paula y Eric, habíamos averiguado que el antiguo edificio estaba plagado de trampas, todas ellas mortales. Por lo visto, la tribu ronita era precavida y desconfiada por naturaleza y prefería no dejar sus reliquias desprotegidas para que cualquiera —en este caso, yo— pudiese hacerse con ellas. Ya había conseguido atravesar con éxito tres trampas, pero no sabía cuántas más podrían quedar hasta la sala del ídolo de piedra. Mi objetivo.

Ese ídolo, en malas manos, podía desatar catástrofes naturales, por lo que la familia Black hemos jurado sacarlo de la circulación.

Ese plural es complicado. Digamos que con la herencia de la familia Black vienen algunas deudas.

Mis padres y, antes que ellos, sus padres habían pasado años buscando el ídolo; sin embargo, no fue hasta hace pocas semanas que Eric, por fin, pudo dar con su paradero. Desde que habíamos encontrado un polvoriento tomo en una de las cámaras de la Galería de los Secretos en el que se hablaba del ídolo, mi amigo se había empeñado en encontrarlo.

Eric había investigado la tribu, sus costumbres y zonas de asentamiento, había consultado innumerables fuentes y pasado horas y más horas estudiando documentos antiguos de bibliotecas olvidadas. Y todo ello desde los ordenadores del taller de la Mansión Black, claro.

Ese es su trabajo.

Este es el mío.

Avanzaba por un pasillo cuyos muros, construidos a base de bloques de una fría piedra gris, se perdían en las alturas. En la lisa superficie de algunos de los bloques de roca los ronitas habían tallado diferentes escenas. Me acerqué a la primera y retiré el polvo con la manga. Acerqué la linterna para ver mejor y ahogué una exclamación. Di un salto para alejarme de aquel tallado. Necesité unos instantes para recomponerme y volver a acercarme. Debía verlo de nuevo.

El grabado de la primera piedra mostraba a una joven mirando con atención algo en un muro. En su mano derecha portaba un extraño objeto del que salían unos rayos… Podría ser una linterna, pero los ronitas eran una tribu antigua, no existían las linternas cuando se grabaron aquellas piedras. Aquella joven vestía exactamente igual que yo.

Podría ser yo.

—Pero… ¿esto qué es? —murmuré buscando con mis ojos el siguiente grabado.

Me acerqué al que había a continuación. Mostraba a la joven avanzando por el pasillo. Caminé despacio hasta la tercera escena. Mostraba a la misma joven tirada en el suelo y partida por la mitad sobre un charco de algo que podría ser su propia sangre. Sobre ella, pendía una cuchilla de forma semiesférica.

Una leve ráfaga de aire me acarició las mejillas.

Me arrojé al suelo boca abajo y me cubrí la cabeza con las manos.

Sin pensarlo, sin dudar.

Esto es parte de mi herencia.

Junto con la Mansión Black y el montón de compromisos de los Black, también he recibido ciertas… habilidades muy particulares. Reflejos increíbles, agilidad felina, la capacidad de robarte el reloj de la muñeca sin que te des cuenta.

Eso es lo que somos los Black.

Ladrones.

Un silbido anunció la llegada de la cuchilla que atravesó el aire en el mismo lugar donde, tan solo un segundo antes, me encontraba yo.

«Por los pelos», pensé.

Repté unos centímetros hasta que superé el cortante filo y me levanté sacudiéndome el polvo de la ropa. Había faltado poco, pero debía continuar.

Avancé con cuidado, buscando cualquier otra trampa que se les pudiese haber ocurrido a los ronitas, una civilización casi desconocida que había habitado en un rincón olvidado de la selva amazónica hacía siglos, hasta ahora habían demostrado ser muy originales en esto de crear trampas con el objetivo de matar, pero en algún momento tenían que haberse quedado sin ideas.

O eso esperaba yo.

Un arco de madera pintada de colores ya desvaídos por el paso del tiempo anunciaba la presencia de otra sala al final del pasillo.

Lo atravesé.

Ante mí, sobre un atril, se encontraba el ídolo.

Para ser un ídolo, la verdad es que me decepcionó bastante. Se trataba de un pequeño muñeco de madera. Nada espectacular ni terrorífico, un muñeco sin rasgos en el rostro hecho en una madera pulida y clara que brillaba a la luz de la linterna cuando lo enfoqué.

—¿Y por esto tanto lío? —pregunté a la estancia vacía—. No me pareces tan peligroso.

Me acerqué y lo cogí para poder verlo mejor.

Sonó un clic.

Aparté la vista de la figura de madera, asustada, y miré alrededor intentando averiguar qué había hecho.

Ese clic solo podía significar que la había liado.

Y bien liada.

El suelo de la estancia se abrió y comenzó a desprenderse, a caer a lo que parecía una fosa llena de puntiagudas estacas de madera; los muros comenzaron a derrumbarse y yo hice la única cosa que podía hacer: echar a correr.

Todo se desmoronaba a mi alrededor. Yo corría a toda la velocidad de la que era capaz, rogando en silencio que no quedase ninguna trampa que no hubiese activado en el camino de ida, porque si la activaba en mi carrera, moriría sin remedio.

Corrí atravesando pasillos y salas mientras gruesos y pesados bloques de piedra amenazaban con aplastarme a mi paso. El suelo desaparecía tras mis pies a una velocidad cada vez mayor. Apenas tocaba una de las baldosas, esta se hundía.

No sabía si sería capaz de alcanzar la salida antes de que todo se viniera abajo.

No sé cuánto tiempo estuve corriendo entre tanta devastación, pero, al final, vislumbré un punto de luz que prometía la salvación.

Le pedí un último esfuerzo a mis piernas y aceleré todavía un poco más justo cuando ya pensaba que no podía avanzar a mayor velocidad.

Tenía que lograrlo. No había vivido lo suficiente, y aquel monigote de madera no iba a poder conmigo.

Con un último salto, atravesé la puerta del templo y caí rodando sobre la hierba.

Todavía me arrastré unos cuantos metros intentando alejarme de aquel desastre cuando, a mi espalda, un tremendo rugido hizo que me quedase paralizada. Me di la vuelta despacio, apoyándome sobre los antebrazos y miré al lugar donde instantes antes había estado el templo ronita.



Había desaparecido, no quedaba ni rastro. En su lugar había un abismo, oscuro y profundo, del que se elevaba una columna de polvo.

No había quedado ni una triste piedra de la construcción ronita. «Bien hecho, Amanda —pensé—. Acabas de destruir el último resto

arqueológico de una civilización milenaria».

No tuve tiempo de lamentarme. A mi espalda escuché pasos apresurados que se acercaban. Me levanté de golpe y busqué un escondite. Solo había árboles a mi alrededor.

De un salto me encaramé a las ramas de uno de ellos y comencé a trepar para ocultarme de la vista. Un instante después, la maleza que rodeaba el lugar comenzó a agitarse. Yo tensé todo mi cuerpo, lista para abalanzarme sobre el intruso y derribarlo para después huir.

Eric apareció gritando mi nombre.

—¡Amanda! ¡Amanda! ¿Dónde estás?

El chico estaba al borde del llanto, así que no le hice sufrir mucho y de un salto me planté delante de él.

—¡Aquí! —exclamé.

Si alguna vez te has preguntado si un rostro humano puede expresar al mismo tiempo alivio y los síntomas de un infarto, Eric te hubiera demostrado en ese momento que sí, es posible.

—¿Estás bien? —dijo cuando logró calmarse—. Vimos a través de los drones que el templo se derrumbaba y he venido todo lo rápido que he podido… ¿Estás bien?

—Estoy bien, no te preocupes… Y tengo… esto —dije enseñándole el ídolo. Me las había apañado para no soltarlo en mi huida.

Eric miró el decepcionante trozo de madera, después miró al abismo que yo había provocado, y finalmente a mí.

—¿Enhorabuena?

Regresamos al helicóptero que nos llevaría a casa, donde guardaríamos el ídolo a buen recaudo en la Galería de los Secretos.

Puede que no fuera gran cosa, pero ya podíamos tachar esa tarea de la lista de juramentos de los Black. Y habíamos salido con vida.

Ahora venía una tranquila semana de colegio, lejos de emociones y peligros.

O eso creíamos.

1

Las clases del lunes se me hicieron eternas. Mis músculos todavía no se habían recuperado de la carrera a vida o muerte a través del templo ronita y mi cuerpo acusaba el cansancio de un fin de semana lleno de aventuras y peligros, pero la tía Paula había sido tajante: no podía perder ni un solo día de clase. Eso era innegociable.

Eric y yo sobrevivimos a toda una jornada de tediosas lecciones, al acoso de Sara y su pandilla y al examen sorpresa que nos pusieron en Matemáticas. Hacia el final del día, ya echaba de menos correr por templos que se desmoronan.

Lo único bueno era que ya no volveríamos a tener clase hasta el siguiente lunes debido a las olimpiadas escolares, un evento que se celebraba cada cuatro años. Chicos y chicas venidos de todas las partes del mundo competirían durante el resto de la semana para seleccionar el mejor colegio en cada una de las categorías. La cosa no iba solo de deporte, habría también teatro, experimentos científicos e incluso un concurso de fotografía. Los alumnos que no estábamos en ningún equipo no tendríamos clase, aunque la dirección del instituto nos había pedido —con amables amenazas— que acudiésemos a animar a los participantes.

No era un acontecimiento que me hiciese especial ilusión, sobre todo considerando que lo organizaba el señor Lapin, quien, además de ser uno de los constructores más poderosos de la ciudad y el responsable de Cultura y Deporte en el Ayuntamiento, es el padre de mi archienemiga, Sara, quien llevaba todo el día presumiendo ante todo aquel que quisiera escucharla de que aquella semana sin

clases se la debíamos a su padre. Total, que Sara estaba mucho más insoportable de lo habitual en ella, y eso ya era mucho más de lo que al resto del alumnado le habría gustado.

Al finalizar las clases en el instituto, Eric y yo nos despedimos hasta el día siguiente, cuando tendríamos que acudir de nuevo al centro para aplaudir a un montón de personas a las que no conocíamos, pero en ese momento no nos importaba demasiado: estábamos ansiosos por llegar a casa y descansar… Bueno, descansar él, yo tendría mi sesión de entrenamiento con la tía Paula, además de los deberes. En fin, mi tía me había dado a elegir, y yo había elegido ser la heredera de la familia Black, con todas las consecuencias. Y además de una mansión polvorienta, compromisos y habilidades particulares, he heredado un montón de entrenamientos.

Los Black nos entrenamos desde hace miles de años. Nuestra historia familiar se remonta al Antiguo Egipto. Al menos que sepamos. Claro que entonces no nos llamábamos Black. En aquellos tiempos, nuestro apellido se representaba en los jeroglíficos con un ala de pájaro y un ave que mira de frente, que significaba «negro».



Te he dicho que somos ladrones, ¿verdad?

No, no la clase de ladrones que entran en casa cuando no estás y se llevan tu videoconsola. No.

Los Black somos el último vestigio de un antiguo culto egipcio que honraba a la diosa Maat y que se dedicaba a retirar de la circulación objetos que, en malas manos, podrían ser muy peligrosos para la humanidad.

¿Como qué?

Pues como herramientas para convocar a dioses de dimensiones oscuras, provocar una plaga de muertos vivientes, cosas así.

¿Que no hay muertos vivientes en tu vecindario?

Ya sabes a quién agradecérselo.

La tía Paula y yo recogíamos la mesa tras la cena, que en casa era siempre a las siete y media en punto, cuando sonó un timbrazo que anunciaba visita.

Benson, mayordomo de la familia Black desde hacía más años de los trece que yo tenía y que era un miembro más de mi pequeña familia, se dirigió al panel de apertura, miró la pantalla para ver quién venía a aquellas horas, cruzó algunas palabras con el visitante y se dio la vuelta para hablar con la tía Paula.

—Señora, lord Thomsing desea verla.

—Hágale pasar, Benson, por favor. Le recibiremos en la sala de café —dijo mi tía con un resoplido. No parecía muy entusiasmada con la visita del tal lord Thomsing.

Nos dirigimos a la sala de café, una de las pocas, junto al comedor y la biblioteca, que ya habíamos podido remodelar. Los trabajos los estábamos haciendo nosotros en los pocos ratos libres que teníamos. La tía Paula era muy reacia a permitir que ningún extraño entrase en la casa. En un descuido alguien podría descubrir lo que llamábamos «el taller», que era el lugar donde guardábamos todo el equipo para nuestras misiones, y estaríamos en problemas.

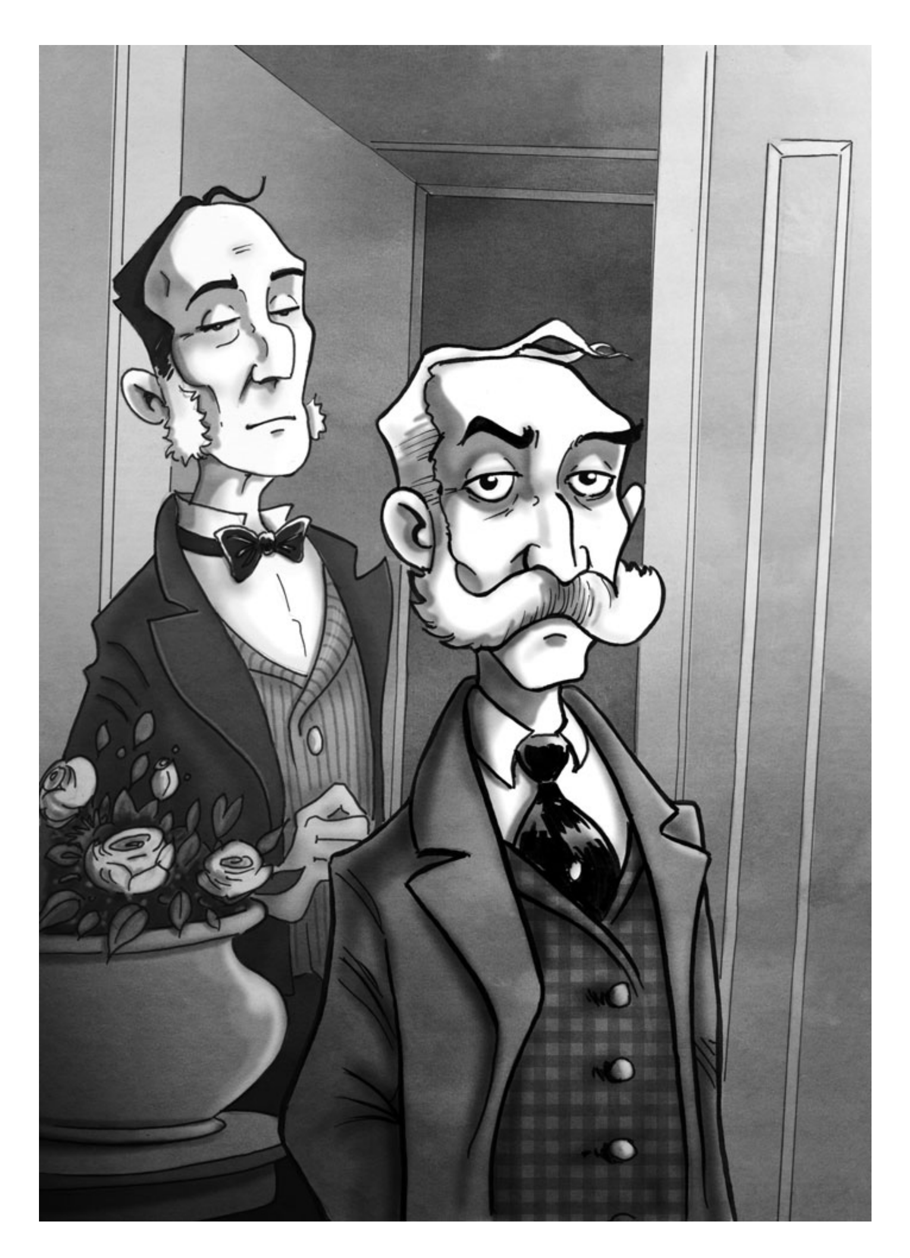
Una vez en la sala donde recibiríamos a nuestro visitante, la tía Paula se sentó en una butaca junto a la chimenea, en cuyo interior chisporroteaba un alegre fuego naranja, y yo me dirigí a un sofá cercano.

No había pasado mucho tiempo cuando Benson entró en la estancia acompañando a un caballero con cierto aspecto cómico. Vestía con elegancia, su porte era distinguido y su figura alta y delgada, pero todo quedaba difuminado por el enorme bigote salpicado de canas que partía su cara en dos. Era el bigote más grande que había visto nunca. Comenzaba bajo su nariz y se extendía hasta unirse con las dos gruesas patillas que enmarcaban

su rostro, dándole el aspecto de una ilustre morsa.

—Querido Thomas —dijo la tía Paula levantándose de su butaca para recibir al hombre.

—Siempre es un placer verte, Paula —contestó el invitado. Yo imaginé que sonreía bajo el bigote, no porque pudiese verle los labios, no, sino porque sus pómulos ascendieron formándole algunas arrugas alrededor de los ojos, que se entrecerraron un poco —. Y usted, señorita, debe de ser Amanda, ¿me equivoco?



—No se equivoca, lord Thomsing —dije extendiendo mi mano para estrechar la manaza que me tendía lord Thomas.

La tía Paula regresó a su asiento e hizo una seña al hombre para que ocupase la butaca frente a la suya.

—Bueno, Thomas, dime, ¿a qué debemos esta visita? —le

preguntó mi tía.

—Querida, fue una sorpresa enorme y una alegría saber que la familia Black retomaba… «sus deberes». —Pude escuchar las comillas en su grave voz—. Como sabrás, nuestras familias no siempre se han llevado bien, pero creo que los Thomsing ya hemos demostrado nuestra buena voluntad…

—La habéis probado en repetidas ocasiones, Thomas, desde hace ya varias generaciones —aceptó la tía Paula, con una sonrisa cálida.

Lord Thomsing titubeó un poco antes de continuar, se atusó el bigote y bajó los ojos al suelo, como si le costase muchísimo pronunciar las palabras que iba a pronunciar a continuación.

—El caso es que queríamos pediros algo…

Yo asistía a la conversación sin abrir la boca, observando la escena con atención. Era obvio que mi tía y lord Thomsing se conocían.

—En fin —suspiró el hombre—, ya sabes que en la Galería de los Secretos se guarda un objeto que pertenece a los Thomsing… Y…, bueno…, mi madre está ya muy enferma y lo último que quiere hacer en esta vida es verlo con sus propios ojos… No sé si sería posible que ese objeto regresase a sus legítimos propietarios, o sea, nosotros… Si os negáis, lo entenderé —se apresuró a explicar lord Thomsing—. Lo que hizo mi antecesor con ese objeto es imperdonable.

La tía Paula meditó durante unos instantes.

—Esto que me pides es muy irregular —comenzó Paula—. La familia Black nunca ha devuelto ninguno de los artefactos, Thomas.

—Lo sé, Paula —dijo Thomsing, tras dudar un momento—. Pero es el último deseo de una anciana.

—Comprendo —dijo Paula, con tono grave—. En ese caso, no me queda otro remedio que aceptar.

El rostro de lord Thomsing se iluminó de nuevo con lo que yo creía que era una sonrisa bajo el bigotazo.

—Sin embargo —continuó mi tía—, no será posible que te lo lleves ahora mismo, puesto que debemos encontrar la cámara en la

que se guarda y eso llevará tiempo.

—Oh, sí, claro, lo entiendo —dijo nuestro invitado.

—Pues ya está decidido, vuelve en un par de días y te haremos entrega de vuestra reliquia familiar. —Mi tía se levantó de su butaca, dando por finalizada la entrevista.

Lord Thomsing la imitó y ambos se dirigieron hacia la salida. Cuando se hubieron despedido y la puerta quedó cerrada a su espalda, la tía Paula regresó a la sala en la que yo la esperaba con una interrogación dibujada en la cara. Seguí sus avances por la estancia con curiosidad. Su gesto serio me decía que algo no iba bien del todo.

Volvió a sentarse en la butaca dando un prolongado suspiro, se recostó en el respaldo y miró al techo. Resopló y volvió a incorporarse para mirarme durante unos segundos que se me hicieron eternos. Por fin, habló.

—Tenemos un problema, Amanda. Un enorme problema.

2

—¿Cómo que no tenemos la reliquia de los Thomsing? —pregunté un tanto escandalizada.

Por lo que yo sabía, todo lo que entraba en la Galería de los Secretos, el lugar, escondido en el taller de la Mansión Black, en el que guardábamos los artefactos que sacábamos de la circulación, no volvía a salir de ella.

—Y a todo esto… ¿De qué reliquia estamos hablando?

—Ah…, se trata de un antiguo amuleto fenicio que pertenecía a los ancestros de la familia Thomsing. El portador podía invocar plagas y catástrofes… Y eso es lo que hizo un antecesor de Thomas en la Edad Media. Envió un terremoto a sus enemigos. Las consecuencias fueron devastadoras, ya que, a las pérdidas producidas por el terremoto, que no fueron pocas, hubo que sumar las víctimas de la hambruna y las plagas posteriores. La familia Black robó el amuleto y los expulsó del culto como castigo. Fue una pérdida muy importante, ya que eran unos de nuestros aliados más importantes y poderosos. Hemos tardado siglos en volver a establecer una relación cordial con ellos.

—¿Y por qué ya no tenemos el amuleto? —pregunté, extrañada. No terminaba de comprender cómo habíamos perdido un artilugio tan peligroso.

—Oh, bueno, eso es lo más divertido —dijo la tía Paula con una media sonrisa y levantando las cejas—. Ni siquiera tendríamos que haber robado el amuleto. Solo podía utilizarse una vez… si bien eso fue descubierto hace pocos años.

—¿Cómo lo descubristeis? —pregunté.

—Mi abuela Elsa, tu bisabuela, investigó el objeto a fondo durante mucho tiempo. Estaba fascinada con ese objeto desde que, siendo una niña, leyó sobre él en *Los secretos de la Galería de los Secretos*. Tras mucho buscar e indagar, cuando tenía poco más de veinte años, encontró unos antiguos textos. Al traducirlos se dio cuenta de que ya no era peligroso, la joya perdía todo su poder una vez utilizada. Como si fuese un objeto mágico de un solo uso. Después de lucirlo como adorno durante un tiempo, regaló el amuleto a su mejor amiga por su cumpleaños. A su amiga le encantaba y Elsa era bastante desprendida —finalizó con un encogimiento de hombros.

—¿Estás de broma? ¿Una joya mágica de valor incalculable?

—No, Amanda, más quisiera yo estar de broma —rezongó la tía Paula.

—¿Y por qué es tan importante? ¿No podemos decirle simplemente que no, que lo que entra en la galería no sale?

—Amanda, necesitamos aliados. Los Thomsing, como te he dicho, fueron en su momento unos de los mejores aliados de la familia Black. Tienen poder y dinero, dos cosas necesarias para hacer lo que hacemos… Y nosotras, hoy por hoy, carecemos de lo primero. Si ahora le damos el amuleto a lord Thomsing, estarán en deuda con los Black, y yo podría intentar restablecer una relación de colaboración con ellos…

Comenzaba a entender lo que quería decirme mi tía. Era algo tan sencillo como que solas no podríamos continuar con el legado de los Black.

—Escucha, Amanda, hay gente muy peligrosa ahí fuera, gente cuya única finalidad es hacernos… hacerte daño… Lord Thomsing es un buen hombre. A pesar de que los Black les dimos la espalda hace siglos, ellos han continuado ofreciendo su ayuda y su apoyo a nuestra causa, creo que va siendo hora de que olvidemos algo que sucedió hace tanto tiempo. Los necesitamos.

—Entiendo —acepté—. ¿Y qué vamos a hacer? El señor

Thomsing espera su amuleto en un par de días.

—Tendré que pensar algo. Si se llega a saber que uno de los objetos de la Galería de los Secretos fue regalado, el honor de los Black estaría en entredicho, así como toda nuestra labor.

La tía volvió a abandonar su butaca y comenzó a caminar en círculos por la estancia murmurando para sí. Yo esperaba sin presionarla ni interrumpir su flujo de pensamientos. Sabía que cuando se ponía así lo que ocurría, en realidad, era que su cerebro trabajaba a toda máquina en busca de una solución al problema que teníamos delante. La verdad es que mi tía es bastante buena en lo que a encontrar soluciones originales para problemas enrevesados se refiere.

No pasó mucho tiempo hasta que la tía Paula se detuvo. Primero perdió la mirada en algún punto del techo; a continuación, me miró a los ojos, se acarició el lóbulo de la oreja y, por último, una leve sonrisa se extendió por su rostro. Conocía demasiado bien a mi tía para no saber que había dado con la solución. Lo tenía.

—Creo que lo tengo… —dijo, por fin, la tía Paula—. No disponemos de mucho tiempo para encontrar el amuleto antes de que lord Thomsing nos lo vuelva a reclamar, así que… Necesitaré tu ayuda y la de Eric.

3

La tía Paula me contó su plan.

Me pareció una locura.

—Tu plan me parece una locura —dije tras procesar lo que acababa de escuchar.

—Si se te ocurre algo mejor, dilo —contestó la tía—. Estoy abierta a otras propuestas.

—He dicho que me parece una locura, no que sea malo. En realidad, es bastante bueno.

La idea de mi tía era extravagante, arriesgada y difícil de llevar a cabo, pero era la única que teníamos, y el tiempo corría en nuestra contra. Como mucho y estirando la paciencia de lord Thomas al máximo, contábamos con tres días para encontrar el amuleto de la familia Thomsing y entregárselo a su legítimo propietario. No era mucho.

Resumiendo, la idea era la siguiente: la tía Paula se encargaría de lord Thomas, y Eric y yo, de encontrar la joya de los Thomsing.

Mi tía contactaría con una de sus mejores amigas, Miragen, guardiana de la ciudad perdida de Tilopán, situada en un recóndito rincón de la selva asiática, para preparar una búsqueda ficticia que los llevaría por las entrañas de la ciudad. La tía Paula le diría a lord Thomas que el amuleto había sido robado, pero que sabía quién lo había hecho, y ambos partirían a recuperarlo. Una especie de falsa aventura. El pobre hombre creería estar buscando la reliquia perteneciente a su familia cuando, en realidad, quienes estaríamos buscándola, seríamos Eric y yo… Con la ayuda de Benson, claro.

Miragen y la tía Paula se habían conocido hacía mucho tiempo, cuando mi tía todavía estaba en activo. En una de sus misiones había tenido que robar un artefacto que se encontraba en Tilopán. Partamos de la base de que Miragen era la guardiana, sacerdotisa suprema y única habitante de aquella ciudad. Una ciudad sobre la que existían muchas leyendas, pero nadie había visto ni sabía situar en un mapa. Nadie, hasta que una jovencísima Paula Black se propuso encontrar la calavera de diamante, conservada en las catacumbas de Tilopán, pues se decía que la persona que poseyera esa joya podía dominar la mente de las personas a su antojo.

Mi tía Paula no habría intentado robarla de no ser porque a sus oídos había llegado el rumor de que la familia Dagon, propietaria de la Dagon Corp., estaba interesada en encontrarla con la intención de utilizarla para sus propios fines. Y los fines de la Dagon Corp. y de sus propietarios solían ser tirando a turbios.

Si bien los principios de la relación entre las dos mujeres fueron algo complicados, por aquello de que Miragen había intentado matar a la ladrona que había penetrado en su ciudad secreta para hacerse con su más preciada posesión, con el paso de los años ambas habían mantenido el contacto y habían forjado una profunda amistad basada en el respeto y la admiración mutuas. Tanto Miragen como Paula eran mujeres fuertes, valientes e inteligentes, además de contar con un ácido sentido del humor y ser magníficas guerreras. Ambas habían reconocido esas mismas características en su rival, lo que hizo que pocos meses después del robo la tía Paula fuese a visitar a Miragen, quien la recibió algo reticente y enfadada, pero la recibió.

Mi tía, como ofrenda de paz, le llevó una cantimplora que había rellenado con un delicioso cóctel de su creación y unos suculentos pasteles comprados en la pastelería más famosa de nuestra ciudad.

Y el resto es historia.

Llevaban casi toda la vida siendo amigas.

Pero volviendo al asunto que nos ocupaba, lo más importante de nuestra misión era que lord Thomas no descubriese que mi

bisabuela Elsa había regalado la reliquia Thomsing, ya que eso pondría en peligro toda la reputación y la labor de la familia Black a lo largo de los siglos. Se suponía que nada de lo que entraba en la Galería de los Secretos salía.

Nunca.

Jamás.

Excepto el amuleto. Por los motivos que ya conocemos.

Por nuestra parte, Eric y yo seguiríamos la pista del objeto… para lo cual solo contábamos con el nombre de la mujer que lo recibió de manos de Elsa y con la imagen y descripción que aparecían en el *Manifiesto de la galería*.

No tenía ni idea de cómo íbamos a encontrarlo, pero debíamos hacerlo.

Telefoneé a Eric y le conté todo lo ocurrido, y el plan que había trazado mi tía.

—El plan de tu tía me parece una locura —dijo cuando se lo terminé de contar.

—Lo sé, pero es lo único que tenemos. Si se te ocurre algo mejor, estamos dispuestas a escuchar otras ideas.

—He dicho que el plan me parece una locura, no que sea malo. En realidad, es bastante bueno —contestó mi amigo—. Envíame la información que tengas e intentaré seguir la pista del amuleto.

—Eric, también necesitamos encontrar una manera de escabullirnos de las olimpiadas escolares. Si nos pillan los profesores, nos caerá una buena bronca, y ya sabes que no me puedo permitir que mis notas bajen. La tía Paula me colgaría de los pulgares como castigo y me haría estudiar hasta que me sangrasen los ojos… Bueno, seguramente no sería tan grave, pero ya sabes que algo me diría, que estudiase más o algo así.

Eric se rio antes de contestar.

—¡Qué fuerte! ¡Qué exagerada eres! Tú tía no es tan bruja —cuando se le pasó el ataque de risa continuó—. Está bien, hablaré con Esme, a ver qué se le ocurre.

Esme era el quinto componente de nuestro improvisado equipo.

Durante nuestra última misión, Eric había tenido que explicarle a nuestra compañera de clase el origen de la familia Black y cuál era mi papel como heredera de la misma. Ella, lejos de escandalizarse con mi labor como ladrona de objetos mágicos y no tan mágicos, nos ofreció su ayuda incondicional.

Esme era, además, la única amiga que teníamos Eric y yo en aquel instituto.

Sin embargo, Eric y yo estábamos algo enfadados desde hacía unos días. Fue por una tontería, pero me sentí mal y me estaba costando un poco olvidarlo. La semana pasada decidí teñirme el pelo de morado y, cuando al acabar las clases le pregunté si le gustaba, tardó algo más de lo que me hubiese gustado en contestar… Sin contar con que la respuesta no me sonó del todo sincera… Y yo odio que me mientan, así que me fui sin despedirme y a él le sentó fatal. Supongo que se nos pasará, si no, tendré que hablar con él de todo esto.

Cuando terminamos la llamada, me dirigí al taller. Necesitaba leer el *Manifiesto de la galería* para recopilar toda la información sobre el amuleto Thomsing antes de enviárselo a Eric.

Cuanto antes empezásemos a buscarlo, antes lo encontraríamos.

El primer problema lo encontré al leer *Los secretos de la Galería de los Secretos*, un tocho inmenso en el que se detallaban todos los objetos que se conservaban en la Galería de los Secretos, incluyendo también una descripción física, información sobre a quién fue arrebatado, poderes y potenciales peligros que implicaba… Todo bastante resumido, la verdad. Cuando necesitábamos buscar más información sobre algún artefacto, teníamos que investigar en nuestra biblioteca —para las reliquias que ya están en nuestro poder— o bien en bibliotecas y archivos olvidados —cuando se trata de algo que pretendemos robar—. La única información que había en el libro sobre la persona a la que Elsa había regalado el amuleto era un nombre: Jane.

4

Al día siguiente, el instituto rebosaba juventud, me refiero a más de la habitual, claro. Los estudiantes locales se mezclaban con los visitantes de otras escuelas e institutos en una macedonia de camisetas de colores y de idiomas. Según caminaba por los pasillos con Eric, pude reconocer conversaciones en inglés, castellano, francés, italiano, árabe, chino e incluso en suajili.

Esme nos había pedido que trajésemos camisetas con el escudo de nuestro instituto y gorras del equipo de baloncesto. Yo no tenía y había parado en el puesto que había a la entrada del edificio. En él se podía adquirir de todo: desde camisetas, banderines, gorras o bufandas hasta botellas y calcetines con los logos de los diferentes equipos del instituto. En todos predominaba un color azul brillante bastante bonito.

Esme nos esperaba en la cafetería con un chico y una chica a los que no conocíamos.

—Espero que aciertes, porque nos jugamos las notas —dije a modo de saludo.

—No te preocupes, corazón, creo que podremos despistar a los profesores —contestó Esme con un divertido gesto de suficiencia. No podía negar que mi amiga era bastante buena creando planes de distracción, ya lo había demostrado cuando necesitamos robar la llave de diamante de la Torre Dagon Corp. que podría abrir la Galería de los Secretos—. Mi plan es infalible. ¿Habéis traído lo que os he pedido?

—Aquí lo tienes —intervino Eric tendiéndole una bolsa con las

prendas—. Ahora cuéntanos tu idea.

—Os presento a Daniela y Alf —comenzó Esme—. Son mis primos, han venido a las olimpiadas desde otra ciudad, así que les vestiremos como si fuesen vosotros y listo. No creo que nadie pregunte.

—Como idea no es la mejor —comenté—, pero nos tendrá que valer.

—¡Esa es la actitud! —rio Esme—. Mira, los profesores están bastante superados con tantos estudiantes correteando por aquí, así que, si me ven con un chico y una chica, darán por hecho que sois vosotros. Siempre estoy con vosotros…

—Intenta que no se te acerque ningún profesor —la interrumpió Eric.

—Por eso no te preocupes; en cuanto veamos a uno, nos iremos por otro lado. Y si en algún momento alguno me pregunta por vosotros, solo tengo que decir que os he visto hace un rato en la cafetería o en cualquier otro sitio. A ser posible, lo más alejado del lugar en el que me encuentre yo en ese momento.

—Creo que estaremos en la ciudad, así que, si pasa algo, llámanos al móvil y vendremos cuanto antes —dije, ya más convencida con el plan que Esme acababa de presentarnos—. Te debemos una.

—Ni hablar, esto es más divertido así —volvió a reír mi amiga—, pero la próxima vez llevadme con vosotros.

—Cuidado con lo que deseas… —comenté levantándome de la mesa con una sonrisa.

Nos despedimos de ella y de sus primos y nos dirigimos a la salida de la cafetería.

Debíamos comenzar la búsqueda del amuleto, y yo solo había encontrado el nombre de la amiga de Elsa. No contábamos con un apellido o una dirección ni nada que nos ayudase un poco, que nos dijese por dónde debíamos comenzar a buscar porque ¿para qué íbamos a tener una misión algo más sencilla esta vez?

Teníamos cero pistas que seguir, así que Eric y yo habíamos

decidido ir a la biblioteca de la ciudad para intentar encontrar algo de información.

No sabíamos que allí nos esperaba una sorpresa.

5

—Thomas, ¿estás preparado? —preguntó Paula.

—Siempre, querida, siempre —contestó el hombre abrochándose el cinturón de seguridad.

Paula pulsó algunos botones y palancas del cuadro de mandos del avión. El techo del taller se deslizó con suavidad hacia un lado, dejando ver el cielo de la ciudad, y la nave despegó en vertical.

Unos segundos después el extraño avión de la familia Black — una aeronave supersónica que Amanda estaba aprendiendo a pilotar — volaba en modo silencioso sobre el instituto en cuyo interior, en ese mismo momento, la niña y su amigo entregaban gorras y camisetas a Esme.

Paula había citado a Thomas Thomsing a primera hora de la mañana en la mansión, diciéndole que fuese preparado para un viaje a la selva asiática. El hombre llegó puntual y con un perfecto equipo de explorador, con un sombrero fedora marrón incluido. Paula le había contado, entre excusas y disculpas, que el amuleto que esperaba recoger había sido robado, pero conocía el paradero del objeto e iban a recuperarlo.



Hasta ese momento, todo iba según lo planeado. Paula solo esperaba que Miragen tuviese las pruebas preparadas, dado el poco tiempo que habían tenido para organizarlo todo. Habían pasado la noche hablando sobre las pruebas de valor que tendría que atravesar lord Thomas, y se lo habían pasado en grande.

Miragen estaba entusiasmada con volver a ver a Paula. Se habían visto hacía menos de un mes, pero tenían que recuperar los trece años que habían pasado separadas, desde que Paula tuvo que esconderse con Amanda tras la desaparición de los padres de la niña. Durante ese tiempo habían hablado por teléfono y por videoconferencia, pero tan solo hacía unos meses que habían retomado las visitas.

Y ahora tendrían que fingir no conocerse de nada.

Iba a ser divertido.

Y peligroso… si lord Thomas descubría el engaño.

6

Llevábamos una hora en la biblioteca y no habíamos encontrado nada de nada.

Muchas menciones a la familia Black, que desde la fundación de la ciudad había sido una familia prominente debido a las numerosas obras benéficas que hacían y las donaciones a museos y hospitales, pero ni una sola mención a la mejor amiga de Elsa Black, Jane. Jane algo, pero no sabíamos «el algo».

Estábamos dando palos de ciego. Y el reloj avanzaba sin remedio.

O conseguíamos algo pronto… o ya podíamos olvidarnos del amuleto.

Alguien me tocó el hombro mientras leía una crónica de principios del siglo XX. En ella se contaba la última donación de los Black al Museo de Ciencias Naturales de la ciudad. La crónica estaba ilustrada con una fotografía en la que se veía a mi bisabuela Elsa acompañada por otra mujer, más o menos de su edad y con el pelo oscuro. El pie de foto solo decía «La señorita Black con la señorita Mulligan, hija del director del Museo de Ciencias Naturales».

Al darme la vuelta me encontré con Benson.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en voz baja, extrañada.

—He pensado que podrían necesitar esto —susurró el mayordomo tendiéndome un papel doblado por la mitad, con una sonrisa misteriosa en su alargado rostro.

Lo desdoblé y leí un nombre: «Jane Mulligan».

Volví a mirar la fotografía del artículo que había estado leyendo segundos antes. Me fijé en la cara risueña de la mujer que acompañaba a Elsa. ¿Era ella? ¿Esa era Jane?

—¿Qué es esto, Benson? —pregunté en un cuchicheo.

Eric se había levantado de su ordenador y se había acercado a nosotros.

—El nombre completo de la amiga de la señorita Elsa —contestó el mayordomo—, aunque veo que ya lo había descubierto —comentó señalando satisfecho la imagen que lucía en la pantalla del ordenador.

—No, no sabía que era ella la mujer a la que buscábamos, en el artículo solo indicaban el apellido… ¿De dónde lo has sacado? En el *Manifiesto* nada más está el nombre, nada de apellido.

—Bueno, señorita Amanda, yo estaba allí cuando su bisabuela Elsa le regaló el amuleto a la señorita Mulligan.

—¿Cómo es eso posible? Si hubieses estado allí, tendrías más de cien años, Benson. —Le miré con detenimiento… Era mayor, pero apenas tenía arrugas, no podía tener más de cien años. ¡No parecía ni un día mayor de cuarenta años!

—Ya tengo una edad —comentó el mayordomo sin contestar a mi pregunta—. En fin, señorita Amanda, espero haber sido de alguna ayuda, ahora debo regresar a mis labores en la mansión.

—¡Espera! —exclamé olvidando mantener la voz baja.

En cuanto lo hice me di cuenta de mi error, varios «chiiisss» surgieron de los ordenadores que había a nuestro alrededor y yo me encogí en mi silla pidiendo perdón en susurros.

Cuando me recompuse, Benson había desaparecido. Sin darme tiempo a seguir indagando sobre su edad… Ya le preguntaría en otro momento, desde que llegué por primera vez a la Mansión Black, la pila de cosas que iba dejando para otro momento no hacía más que aumentar, en un par de meses más, tendría el tamaño del Everest.

Eric me indicó por señas que imprimiese el artículo que todavía aparecía en mi pantalla.

Ya teníamos por dónde continuar tirando del hilo.

—Voy a buscarla en los archivos, a ver si encuentro su dirección —me dijo Eric al oído—. Tenemos que ir a su casa y preguntar a su familia.

Recogí mis cosas y me acerqué al ordenador en el que Eric trabajaba. No le costó mucho dar con el lugar en el que había vivido Jane Mulligan.

Cuando me enseñó la foto, un escalofrío me recorrió la espalda. En el monitor, uno de esos cacharros culones que ya solo se ven en las películas antiguas, el lugar parecía tétrico y aterrador.

La antigua y abandonada —y algunos decían que encantada— Mansión Mulligan.

Por lo que pudimos descubrir, Jane Mulligan nunca se casó ni tuvo herederos. Tampoco tuvo hermanos, por lo que, al morir sus familiares hacía ya algunos años —bastantes años según la perspectiva de dos adolescentes—, la casa en la que vivía había quedado abandonada. Nadie la había reclamado, aunque los pagos de los impuestos habían seguido llegando al Ayuntamiento, y ese era el motivo de que allí continuase aquella casona. Sola, tétrica y abandonada sobre una colina algo retirada de la ciudad.

La casa no era una novedad para nosotros.

Todos los niños conocíamos la mansión, todos habíamos escuchado la leyenda que la rodeaba. Muchos adultos la habían utilizado para asustarnos cuando nos portábamos mal o no queríamos comernos las acelgas.

Se decía que una mujer había fallecido allí, si bien nadie sabía cómo. Los rumores hablaban de incendios, asesinatos, suicidios y resbalones en la bañera. No estaba muy claro qué había pasado, pero la cuestión era que se suponía que el fantasma de la mujer vagaba por la mansión y, si tenías la mala suerte de cruzarte con ella, estabas condenado.

Sin remedio.

Nunca te abandonaría.

Intentaría llevarte al lugar en el que ella se encontraba; esto es,

la muerte. Vamos, que el fantasma te perseguiría hasta que consiguiese matarte de un modo u otro. Eso tampoco se especificaba en la leyenda.

Yo no sabía si creer todo eso, había demasiada incertidumbre en torno a lo sucedido allí, pero, por lo visto, iba a averiguarlo por mí misma. Eric estaba decidido a visitar la vieja Mansión Mulligan.

Y yo también.

Y en ese mismo instante además.

Salimos de la biblioteca y nos dirigimos al tranvía. Nos iba a costar caminar un buen rato, ya que la casona no estaba muy bien comunicada con la ciudad. La parada más cercana quedaba a unos cinco kilómetros, pero eso no iba a detenernos. Debíamos encontrar el amuleto para salvar el buen nombre de mi familia y ninguna tétrica leyenda ni ningún fantasma ni ningún paseo iban a detenernos.

Cuando por fin estuvimos ante la vieja casa, atravesamos la verja herrumbrosa de la propiedad todavía decididos a encontrar la joya de la familia Thomsing sin importar el precio que tuviésemos que pagar (en sentido figurado, claro, porque, entre los dos, no llevábamos dinero suficiente ni para comprar un refresco, pero no nos importaba cuánto nos costase figuradamente).

De allí no nos marcharíamos sin una nueva pista.

Nuestra inamovible decisión flaqueó un poco al llegar frente a la decrépita mansión.

—¿Estás seguro de esto, Eric? —le pregunté mirando las ventanas tapiadas con maderas ya podridas por el paso del tiempo —. Y preferiría que no me mintieses —añadí con un poquito de mala leche, no iba a olvidarme tan fácilmente del incidente del pelo morado.

—No te mentí, es solo que me sorprendió… Pero te fuiste antes de que pudiera explicártelo, Amanda —protestó mi amigo antes de centrarse en el tema que nos ocupaba—. Mira, no tenemos más pistas para dar con el amuleto —dijo, encogiéndose de hombros—. O entramos en esta casa o nos volvemos al instituto. Esas son

nuestras opciones.

Miré a nuestro alrededor. En el diccionario, junto a la palabra «desolación», debería aparecer una fotografía de este lugar. Además de los tablones que tapiaban los ventanales del primer piso y que eran todo menos una invitación a entrar en la casona, la maleza se había hecho dueña del terreno que rodeaba la mansión, facilitando numerosos escondites a cualquiera que quisiera acecharnos escondido entre los arbustos. La puerta, también de madera, colgaba de sus goznes frente a la boca hambrienta que era la entrada, tras la cual solo veíamos una oscuridad densa y asfixiante que prometía cantidad de seres viscosos con malvadas intenciones. En el piso de arriba una contraventana se balanceaba adelante y atrás debido a la brisa; el crujido que acompañaba al balanceo sonaba a soledad, a abandono, a dolor, a aflicción.

No hacía falta una historia tenebrosa sobre el fantasma de una mujer para indicarnos que allí nada habitaba desde hacía mucho, nada que no fuesen sombras e insectos.

Di unos pasos hasta situarme frente a la escalinata que llevaba al porche de la casa. Mi mirada ascendió por la fachada despacio, sin prisa, empapándome con la forma de los adornos tallados en ella. La puerta estaba abierta; sin embargo, yo ya buscaba de manera mecánica formas en las que colarme en cualquier sitio. Deformación profesional, supongo. Avancé con la vista por un canalón de cobre que me habría permitido alcanzar uno de los balcones del piso superior, en caso de ser necesario, claro.

Y entonces, por el rabillo del ojo, intuí algo que no debería haber estado allí.



7

Paula y lord Thomas atravesaron las imponentes murallas de la ciudad perdida de Tilopán. Los muros, que se perdían en las alturas, estaban construidos con unos gruesos troncos de madera oscura. Thomsing se preguntó qué clase de peligros habría en aquella jungla para necesitar ese tipo de defensas. La amenaza debía de ser del tamaño de un dinosaurio, y no uno de los pequeños, precisamente.

Tras las murallas, la ciudad se encontraba abandonada, sin contar los insectos y las serpientes que reptaban por los adoquines de la calzada.

Paula miró a su alrededor sin saber muy bien qué hacer a continuación mientras lord Thomsing perdía la vista en la magnificencia de aquella ciudad desconocida para la humanidad.

Paula alcanzó a ver a Miragen, escondida tras un árbol. No había cambiado nada, seguía siendo la mujer alta y fibrosa contra la que había peleado aquella primera vez que se encontraron. En su rostro lucía un gesto travieso, muy característico de ella, que delataba el más que ácido y corrosivo sentido del humor que poseía. Paula siempre había pensado que, de haberse dedicado a cualquier cosa que no hubiese sido mantener Tilopán en secreto, Miragen habría podido ser lo que se propusiese, tales eran su carisma, don de gentes e inteligencia.

Su amiga le hacía señas desde detrás del kapok que había elegido para ocultarse, para que se dirigiesen a la derecha de la ciudad; después hizo una especie de triángulo con ambas manos e

inclinó la cabeza con gesto serio. Paula abrió mucho los ojos, cuidando de que Thomas no la viese y negó con energía, pero Miragen se encogió de hombros y continuó haciendo sus gestos. Paula claudicó. Miragen lo había preparado así, y así tendría que ser. Asintió con discreción para hacérselo saber a su amiga, quien desapareció de nuevo tras el kapok, tapándose la boca con la mano para ocultar una risita.

—Muy bien, Thomas —dijo Paula poniéndose en marcha y sacando al hombre de su ensimismamiento—. Creo que debemos comenzar por allí, que es donde está el templo.

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en aquel templo.

—Lo que tú digas, pero déjame que vaya yo primero… Al fin y al cabo, soy el hombre.

Paula se dio la vuelta y clavó su mirada en él.

—Mira, Thomas, vamos a dejar una cosa clara desde el principio —dijo nerviosa—, que tú eres un hombre está claro, que la única que ha estado con anterioridad en esta ciudad soy yo también está claro. Conozco muy bien a la persona que ha robado el amuleto y soy el único ser humano que se ha enfrentado a ella y ha vivido para contarlo, así que sígueme sin protestar, intentaré mantenernos a salvo a ambos. Vamos a dejar la actitud de caballero andante para una ocasión menos peligrosa.

Thomas agachó la cabeza y permitió que Paula abriese la marcha, no sin antes refunfuñar unas palabras que la mujer no llegó a comprender y que prefirió ignorar. Hacía años que Paula y Thomas se conocían, a ella él le parecía algo pomposo, pero reconocía que el hombre siempre había intentado tender puentes entre ambas familias y había ofrecido su ayuda a los Black en muchas ocasiones. Paula todavía no había decidido si aquel hombre le gustaba o lo aborrecía, pero intuía que terminaría descubriéndolo durante aquel viaje juntos.

Avanzaron por la desierta ciudad con cautela. La primera vez que Paula había estado allí, había encontrado numerosas trampas dispuestas casi en cada calle y cada edificio, y Miragen continuaba

añadiendo trampas para las visitas inesperadas e indeseadas, a pesar de haber recibido solo la de la propia Paula, quien dudaba que se hubiese acordado de desactivarlas. La guardiana tenía muy mala cabeza para algunas cosas y sus propias trampas se encontraban entre ellas. Estaba tan acostumbrada a esquivarlas que en ocasiones se olvidaba de su existencia.

—Muy bien, Thomas, vamos bien, ya falta poco… Cuidado, no pises esa losa, no me gusta su aspecto…

Lord Thomas emitió una risa nerviosa, casi para él mismo. Tras unos minutos de lento avance debido a la prudencia —efectivamente, Miragen había olvidado desactivar sus trampas—, llegaron a una amplia avenida, al final de la cual se alzaba el templo, un edificio no muy alto, pero bastante ancho, formado por bloques de piedra tallados con intrincados motivos que, bajo la luz del sol, lucía en un tono anaranjado. Una densa vegetación de un brillante verde rodeaba el edificio por completo, creando un bello contraste de colores.

—¡Ahí está! —exclamó Paula señalando en dirección al templo —. Ese es nuestro destino.

—¿Cómo sabes que el amuleto está en el templo? —preguntó lord Thomsing.

—Bueno, es donde yo lo habría escondido, ese templo es mucho más de lo que se puede ver a simple vista —contestó Paula sin dudar.

Recorrieron los metros que les separaban de su destino con cuidado, pendientes de no pisar losas que pudiesen parecer sospechosas o tropezar con resortes ocultos.

Cuando atravesaron el umbral que los llevaría a la primera prueba preparada por Miragen, Paula agradeció el fresco del interior, tan diferente del calor pegajoso y húmedo de la selva. Fue lo único que agradeció. Sabía que aquello no iba a ser fácil.



Para darle más realismo a todo, su amiga había decidido que no le contaría nada más que lo imprescindible sobre cada una de las pruebas.

Lo primero a lo que se enfrentarían sería un laberinto.

Eso era todo lo que sabía Paula.

Lo que sí sabía Paula era que Miragen poseía muchas virtudes.

Ninguna de ellas era la sensatez.

Tampoco la mesura.

Paula sabía otra cosa: si querías salir con vida de la ciudad perdida, mejor no poner un pie en aquel templo.

8

Un escalofrío me recorrió la espalda al poner un pie en el recibidor de la casa. Había algo en ella, algo que podía sentir y que, sin embargo, no alcanzaba a ver.

Estando Eric y yo detenidos frente a la fachada, mis ojos habían captado una figura en una de las ventanas del piso superior. Una figura blanca. Cuando centré la mirada en aquella ventana, la figura había desaparecido, pero estaba segura de haberla visto.

—No sé si te has fijado antes —dijo Eric detrás de mí—, pero había alguien mirándonos desde una ventana.

—¿Tú también lo has visto?

—Sí, pero no me ha dado tiempo a mucho. Vi algo de reojo y, cuando quise mirar, había desaparecido.

—Genial, entonces no estoy loca. Yo también lo he visto. Era como una figura blanquecina.

—Me pareció una mujer —añadió Eric—. Muy pálida y con el pelo oscuro, llevaba un vestido antiguo, pero tampoco he podido ver mucho más.

—Al final va a ser verdad lo del fantasma… —dije con una risita nerviosa.

El olor a moho, a humedad y a algo más que no supimos reconocer nos había golpeado la nariz nada más traspasar el umbral de entrada.

Avanzamos un par de pasos por el amplio recibidor. A ambos lados del mismo se alzaban dos escaleras curvas que se unían en el centro, desde donde partían dos galerías, una a cada lado, en las

que se situaban varias puertas.

Un amplio ventanal con una vidriera a la que le faltaban numerosos cristales presidía el lugar donde se unían las escaleras. Los rayos de sol que la atravesaban eran la única luz con la que contábamos, ya que todas las ventanas del piso inferior estaban tapiadas. En algunas de esas ventanas cegadas faltaban tablones, y ello permitía que algo de claridad traspasase la oscuridad, formando en el suelo de madera unos charcos dorados sobre los que flotaban las motas de polvo. Se parecía bastante a la Mansión Black, excepto por lo de estar bastante más ruinosa que la de mi familia.

Preferimos empezar a investigar por el piso en el que nos encontrábamos, rogando en silencio que no hubiese un sótano que debiese ser investigado también.

El lugar parecía haber sido invadido por las arañas, y estas debían de ser de gran tamaño, a juzgar por lo descomunal de las telas de araña que colgaban de toda lámpara y rincón, como mortajas hechas jirones. Algunas se nos quedaron enganchadas en la cara y en los cabellos, pegajosas y desagradables al tacto, al adentrarnos en los pasillos de aquella mansión, pero preferí no pensar en ello: de lo contrario, habría girado sobre mis talones y echado a correr en dirección al exterior.

Eric caminaba detrás de mí, alumbrando el camino con una linterna que no tenía ni idea de dónde había sacado.

—¿De dónde has sacado esa linterna? —pregunté por encima de mi hombro. Susurrando, como si allí pudiese haber alguien que nos escuchase.

—¿Esto? —dijo, también en un susurro, agitándola con suavidad —. La metí en la mochila esta mañana, contigo nunca se sabe cuándo te va a hacer falta.

He de reconocer que me fastidiaba un poco que Eric fuese tan precavido, casi siempre se anticipaba a lo que podría ocurrir, y eso hacía que estuviese preparado para todo o casi todo. No como yo, que me alumbraba con la linterna del móvil, gastando una batería que, tal vez, fuese vital más adelante. De cualquier manera, y a

pesar de seguir enfadada con él, me alegraba tenerlo conmigo en aquella situación. De haber estado sola, no creo que hubiese entrado en la casa.

Bueno. No.

Creo, no.

Ni muerta habría entrado allí de no estar él conmigo, pero eso tampoco lo iba a confesar.

La vieja mansión se quejaba a cada paso que dábamos con crujidos que, en nuestros oídos, sonaban a lamentos, como si no quisiera que estuviésemos allí.

De repente, un golpe sonó en el piso superior, justo sobre el lugar en el que nos encontrábamos. Nos quedamos congelados en el sitio, los haces de luz alumbrando al techo, como si con eso fuésemos a ver nada de lo que sucedía allí arriba.

Tras unos tensos segundos, Eric y yo nos miramos. Con un encogimiento de hombros y unas sonrisas nerviosas, cuya única finalidad era sacudirnos el miedo de encima, continuamos la marcha.

No habíamos dado más de un par de pasos por aquel pasillo cuando, de repente, un escalofriante grito desgarró las tinieblas a nuestro alrededor.

9

Avanzaron por el templo hasta un pequeño arco que había al fondo. De él partían unas escaleras de piedra que descendían en curva. A un lado, una barandilla de madera que había conocido tiempos mejores, mucho mejores. Se caía a pedazos. Al otro, un muro construido con grandes bloques de piedra cuadrada. Unas antorchas sujetas a los muros por soportes de hierro alumbraban el camino. No mucho, así que Paula y Thomas apenas alcanzaban a ver dónde estaban poniendo los pies.

Los escalones estaban desgastados por el uso de siglos y resbaladizos por la humedad del ambiente. Paula pensó que un mal paso en aquellas escaleras haría que se rompiesen el cuello.

—Thomas, querido, ahora con cuidado o nos romperemos el cuello —dijo la mujer.

El aviso no era necesario. Lord Thomsing bajaba los escalones de lado, sujetándose con ambas manos a la pared y alejándose lo máximo posible de la frágil barandilla.

El descenso se les hizo eterno. Bajar, bajar y bajar sin saber cuánto más tendrían que continuar bajando. Cuanto más descendían, más denso y pesado se iba haciendo el ambiente, más les costaba respirar y más a menudo tenían que limpiarse el sudor que se les metía en los ojos al resbalar por sus frentes.

Por fin llegaron al final de la escalera. Frente a ellos se abría un pasillo también alumbrado por antorchas.

Aquello le gustaba cada vez menos a Paula.

—Voy a matar a Miragen —masculló en voz baja.

—¿Decías, querida? —preguntó lord Thomas enjugándose la frente con un pañuelo rojo.

—No, nada, Thomas. He dicho: «vaya viaje» —contestó la mujer con rapidez. Tenía que tener cuidado o Thomas descubriría el engaño.

Volvieron a ponerse en marcha. No había mucho donde elegir, así que continuaron por el pasillo.

Al final del cual encontraron otro arco.

Al traspasar el umbral una densa niebla comenzó a alzarse del suelo. No había nada que pudiese producirla, pero ahí estaba. Blanca y sedosa, espesa. Amenazaba con engullirlos.

—Sujétate a mi mochila, Thomas, esto no me gusta ni un pelo.

El hombre hizo lo que le pedía Paula a la vez que emitía una risita nerviosa, bastante típica de él por lo que había podido ver la mujer en aquel breve tiempo. Cada vez que se ponía nervioso, reía muy suave y muy bajito, como con vergüenza. A Paula eso le parecía bastante simpático. Resultaba algo ridículo ver a Thomas, con sus casi dos metros de altura, sujetándose a su mochila como si fuese un niño de cinco años. Y lo hizo justo a tiempo. Un instante después, la niebla los envolvía en su pálida mortaja. Apenas veían nada de lo que les rodeaba, pero se intuía un espacio amplio de techos altos.

Ahí estaba. Ese tenía que ser el laberinto del que le había hablado Miragen. De verdad que iba a matarla en cuanto tuviese ocasión.

Caminaban despacio, midiendo muy bien donde ponían los pies. Thomas, sujeto a la mochila de Paula; ella, encabezando la marcha con los brazos extendidos hacia delante.

Un tenue temblor acompañado de un murmullo le indicó a Paula que algo sucedía. No sabía qué, pero algo sucedía. Una especie de suave gruñido, como si dos rocas estuviesen charlando, se había extendido por toda la estancia. Y por cómo sonaba aquello, no podía ser nada bueno.

La niebla desapareció a la misma velocidad que había aparecido,

permitiéndoles ver lo que había surgido frente a ellos. Se encontraban en una sala enorme, cuyas paredes se alzaban hasta casi perderse en lo alto. Unos muros construidos en adobe, bastante altos, se erguían delante de ellos y les impedían llegar al otro lado de la sala. Una pequeña abertura en uno de los muros era el único lugar por el que podían continuar.

Lord Thomas se adelantó unos pasos y se asomó para ver qué había tras la abertura. Miró a ambos lados y hacia arriba.

—Esto tiene toda la pinta de ser un laberinto —comentó lord Thomsing.

—Sí que lo es, pero por lo visto tiene tiempo límite —dijo Paula, junto a él, señalando con uno de sus finos dedos hacia el techo.

El murmullo que habían escuchado antes llegaba desde arriba. Algo se cernía sobre los dos exploradores.

—Querida, ¿eso es el techo descendiendo? —preguntó lord Thomas.

—Llámame loca —dijo Paula—, pero creo que es exactamente eso.

—Entonces, si no resolvemos este laberinto…

—Moriremos aplastados —le interrumpió Paula—. Mejor será que movamos el trasero.

—Hummmpf, por aquí tampoco es —la voz de lord Thomas sonó temblorosa, era casi visible el esfuerzo que hacía por parecer calmado—. Querida, se nos acaba el tiempo.

Paula alzó la mirada. ¿Cuándo había llegado el techo hasta ahí? Estaba a apenas unos metros sobre sus cabezas. En unos tres minutos morirían aplastados. Aquella pared de adobe no iba a conseguir detener la losa de piedra que descendía, lenta pero constante, sobre ellos.

Iba a matar a Miragen. Lo tenía decidido ya. Iba a matarla. Nada iba a hacerle cambiar de opinión.

—De acuerdo, Thomas, tranquilicémonos —pidió Paula con nerviosismo—. Hemos girado aquí y aquí —comentó señalando dos puntos en un papel. Nada más entrar en el laberinto había sacado

un cuaderno y un lápiz de su mochila y había comenzado a trazar los caminos que iban tomando, marcándolos con una cruz cuando uno de ellos los llevaba hasta un callejón sin salida—. Tenemos que probar estos dos.

Thomas lanzó una mirada de reojo en dirección al techo.

—No creo que tengamos tiempo de probar los dos, querida. Calculo que en dos minutos seremos papilla.

—Pues elige uno de los dos y que sea lo que tenga que ser.

Paula confiaba en que, si no conseguían salir del laberinto a tiempo, su amiga detendría la losa. No iba a dejarlos morir, o eso esperaba Paula. Con Miragen nunca se sabía; sin embargo, eso solo serviría, además de para salvarles la vida, para descubrir todo el pastel frente a lord Thomas.

A Paula no le gustaba ninguna de las opciones: morir aplastada por una piedra en un templo perdido o ser descubierta y cargarse de un plumazo la reputación de la familia Black. Tenían que conseguir salir por ellos mismos.

Paula y Thomas retrocedieron sobre sus pasos hasta el último cruce.

—Vale, vamos por aquí —dijo Paula cuando consideró que lord Thomas ya se lo había pensado demasiado. El reloj seguía corriendo.

Se apresuraron, casi a la carrera por los estrechos corredores, girando a derecha y a izquierda, siguiendo las paredes del laberinto.

—¡No es aquí! —exclamó Paula—. ¡Otro callejón sin salida! ¡Rápido, Thomas, sígueme!

Sobre ellos caían los restos del adobe que estaba siendo ya aplastado por la enorme losa, dificultando todavía más la visión dentro de aquella ratonera. Volvieron, ahora sí, a toda prisa, al cruce.

—¡Es el último camino! —gritó Paula para hacerse oír por encima del estruendo que los rodeaba—. ¡Sígueme! ¡No te separes!

Corrían a toda velocidad agachando la cabeza y tapándose la nariz y la boca para no tragar polvo. El techo solo se encontraba a

unos pocos centímetros de ellos. Casi no veían nada en su avance. Paula forzaba la vista intentando encontrar una salida. Temía que hubiese algún corredor lateral que no llegasen a ver debido al polvo de adobe que lo inundaba todo.

Por fin, unos metros más adelante, vieron lo que llevaban tanto tiempo buscando: la salida.

Apenas tenían unos segundos. Iban casi a gatas, sin espacio ya. La enorme losa se encontraba a tan solo un metro y medio del suelo. En pocos instantes los aplastaría.

No parecía que Miragen fuese a detener aquello.

—¡Por aquí, Thomas! ¡Rápido!

Paula y Thomas avanzaban todo lo rápido que se puede avanzar cuando se va reptando. El polvo que flotaba en el ambiente se les metía en los ojos, cegándolos y haciendo todavía más difícil la huida. Las piedras del suelo se les clavaban en las rodillas y en las palmas de las manos, pero no podían pararse por ello, ya tendrían tiempo de curarse las posibles heridas si salían con vida de aquello. Ahora lo único que importaba era no morir.

Paula no se detuvo. Atravesó la salida y, en cuanto estuvo al otro lado, se dio la vuelta para ayudar a Thomas.

El hombre se arrojó de lado al hueco que quedaba para escapar y rodó sobre sí mismo perdiendo el sombrero fedora en la maniobra.

Nada más llegar al otro lado, se llevó la mano a la cabeza y, sin dudar, introdujo el brazo por la rendija en que se había convertido la salida.

Sus dedos palparon al otro lado, buscando su sombrero.

—¡Thomas, déjalo! —gritó Paula—. ¡Prometo regalarte media docena de sombreros!



El gesto ceñudo de Thomas se iluminó de repente y con un rápido movimiento recuperó su brazo. En la mano tenía el fedora. La losa terminó de caer sobre el laberinto.

—Jamás podrías regalarme un sombrero como este, querida —dijo con una sonrisa a la vez que se levantaba sacudiéndole el polvo

—. Me lo regaló mi abuelo Henry. Estábamos muy unidos, y esto es lo único que me queda de él.

Paula resopló dándole la espalda, pero entendió lo mucho que aquel sombrero significaba para su compañero de viaje.

Ahora que había pasado el peligro más inminente, tenían que centrarse en lo que fuese que Miragen les hubiese preparado a continuación.

Frente a ellos se extendía un lago subterráneo de aguas oscuras y tranquilas. Se encontraban en una gruta de grandes dimensiones iluminada por una abertura en la parte superior que dejaba entrar la luz del sol.

Paula se acercó a la orilla, cogió una pequeña piedra que había junto a su pie derecho y la lanzó al agua.

Nada sucedió. Solo ondas concéntricas extendiéndose hasta desaparecer.

Cogió otro guijarro y lo lanzó más lejos.

Las aguas permanecieron serenas.

—Parece que vamos a tener que nadar —comentó la mujer.

—Sí, pero ¿hacia dónde? —preguntó lord Thomas.

Comenzaba a sentirse cansado, arrastrarse por un laberinto era una actividad agotadora, todavía le dolían las rodillas, y las palmas de sus manos lucían arañazos y heridas. Empezaba a pensar si no sería mejor olvidarse del amuleto de su familia. Aquella aventura estaba resultando ser muy peligrosa y, si bien a él una buena dosis de peligro le gustaba y le hacía sentirse vivo, no quería que Paula sufriese ningún daño. Aquella mujer llevaba años gustándole, aunque nunca se había atrevido a decírselo.

En ese momento Paula se dio cuenta de que no había ningún pasadizo en la cueva que les permitiese continuar avanzando. Y regresar por donde habían venido no era una opción puesto que aquella entrada ya no existía. Una enorme losa de piedra, grande como un edificio de dos plantas, bloqueaba aquella ruta.

No había salida.

O encontraban una bajo las aguas o no podrían salir de allí

jamás.

Estaban tan centrados en buscar algún paso en los sólidos muros de roca de aquella cueva que no se dieron cuenta de que las aguas del lago subterráneo se agitaron justo en el lugar donde había caído la última piedra lanzada por Paula.

10

—Tenemos que ir al piso de arriba —dije con voz temblorosa.

—¿Estás loca? —preguntó Eric—. Ese grito venía de allí. No pienso subir.

—Tenemos que hacerlo. Podría haber alguien en peligro.

Esa explicación más mundana que la que tenía Eric en mente, la cual incluía fantasmas, demonios y otros seres sobrenaturales, convenció a mi amigo de la necesidad de ir a investigar la procedencia de aquel chillido.

Regresamos sobre nuestros pasos hasta la escalinata de la entrada y comenzamos a ascender por los peldaños. Cuando llegamos al piso superior, todos los cuadros que adornaban la galería y los ventanales que daban a la fachada principal comenzaron a vibrar.

BRRRRRR… BRRRRRR… BRRRRRR…

Un sordo rumor nos acompañaba mientras caminábamos en la dirección en la que creíamos haber escuchado el grito.

—Esto no me gusta nada —murmuró Eric.

—A mí tampoco, pero no podemos irnos de aquí sin algo que nos ayude a encontrar el dichoso amuleto… O, si me dan a elegir, con el dichoso amuleto en nuestras manos.

En ese momento pasábamos junto a un cuadro en el que una mujer de pelo oscuro, con gesto serio y vestida de negro, posaba con un gato, también negro, entre sus brazos. Lo miré de reojo, pensé que se trataba de un retrato bastante tétrico y continué avanzando sin prestarle mayor atención a la pintura.

—¡¡¡AAAAAH!!! —aulló Eric. Algo me dijo que mi amigo estaba muy asustado… Y por algo me refiero al grito de terror y a los tirones que comenzó a darme en la manga de mi sudadera—. ¡Mira, Amanda! ¡Mira!

Me di la vuelta y seguí el dedo de mi amigo hasta el lienzo, pero no vi nada extraño. Ahí continuaba encerrada entre los cuatro ángulos del marco la mujer de pelo oscuro, vestido negro y gato negro en el regazo. Nada había cambiado.

—¿Qué ocurre? Aquí no hay nada —dije, acercándome al cuadro y empezando a contagiarme del terror que sentía mi amigo.

—¡Esa señora se ha vuelto a mirarme y se ha convertido en un esqueleto!

—Eric, ahora está normal… No sé lo que has visto, pero se ha ido.

—Pero ¿me crees…?

—Claro que te creo —afirmé con seguridad—. Aquí pasan cosas muy raras.

Me llevó un rato tranquilizar a Eric. Más rato me llevó poder tranquilizarme yo, que también estaba aterrorizada, pero uno de los dos debía mantenerse fuerte si queríamos sacar algo en claro.

Cuando consiguió hablar sin balbucear, me contó lo sucedido: la mujer de la pintura, que segundos antes miraba al frente, al pasar él había vuelto la cabeza para fijar sus ojos directamente en los de mi amigo, que se había quedado paralizado. Justo entonces, cuando Eric ya tenía toda su atención puesta en el lienzo, el rostro de la mujer se había convertido, sin previo aviso, en una calavera descarnada que le sonreía sin labios mientras negaba con la cabeza.

Respiré un par de veces profundamente, intentando reunir un poquito de valor, por lo menos el suficiente para continuar con nuestra búsqueda de pistas, mientras mi amigo repetía sin descanso «Qué fuerte, qué fuerte…», todavía sentado en el suelo de aquel pasillo, y sus ojos viajaban una y otra vez hacia el cuadro, que no había vuelto a hacer nada raro.

Nos llevó un par de minutos más convencernos de la necesidad

de seguir adelante, pero lo conseguimos. Poco después, llegamos a una puerta y me detuve frente a ella.

—Creo que los gritos salieron de aquí. Nos encontramos más o menos encima del pasillo del piso de abajo —dije sujetando el pomo.

—Estamos a tiempo de largarnos y hacer como que nada de esto ha pasado —comentó Eric, posando una de sus manos sobre la mía.

—No, Eric, tenemos que seguir adelante —dije sacudiendo la cabeza—. Por si no lo recuerdas, la leyenda dice que, si te cruzas con el fantasma de la mujer, te perseguirá hasta matarte. Eso es lo que me contaron de pequeña… Y tú ya te has cruzado con él, así que más nos vale aclarar qué demonios está pasando aquí…

—Bueno, visto así…, puede que tengas razón —contestó mi amigo, dejando de sujetar mi mano.

Giré el pomo de la puerta conteniendo la respiración.

Todo parecía tranquilo y en orden en aquella habitación. Nos encontrábamos en un dormitorio, y a juzgar por el mobiliario y la decoración, tenía claro que había pertenecido a una mujer. La habitación era rectangular, bastante amplia. El papel de la pared, ahora descolorido y desgarrado, lucía unas florecitas de un rojo desvaído con tallos de tonos verdes sobre un fondo amarillo. Una vieja cama de madera con un dosel tejido con telarañas presidía el espacio. Junto a ella, medio escondido bajo la estructura, se encontraba el colchón, viejo y lleno de manchas. A un lado de la cama, había un enorme armario, también de madera, cuyas puertas habían desaparecido hacía mucho, y en la pared de enfrente, un tocador y un escritorio secreter cubiertos de polvo. Sobre el secreter, el retrato de Jane Mulligan vigilaba toda la estancia.

Un penetrante olor a humedad, más intenso que el que nos había golpeado al entrar en la mansión, nos obligó a taparnos la nariz con las manos.

—Bueno, parece que este era el dormitorio de Jane —dije, acercándome a las ventanas y abriéndolas para permitir que entrase algo de aire fresco.

Eric se había acercado al armario y palpaba su interior con detenimiento.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Busco algún resorte o algo. Tal vez en este armario haya algún compartimento secreto y en él esté el amuleto.

—Sería demasiado fácil.

—Pero si lo encontrase, podríamos largarnos de aquí.

—Eso también.

Me dirigí al secreter y alcé la persiana.

Lo siguiente que hice fue gritar.

Un montón de arañas echaron a correr entre los papeles y objetos que había en su interior.

—¿Qué ocurre?

—Arañas.

—Vale.

Volví a acercarme al mueble, cogí una pluma vieja y agité con ella los papeles amarillentos que reposaban sobre el escritorio. Ninguna otra araña salió a saludar.

Comencé a leer los papeles. Ninguno era nada interesante.

Abrí uno de los dos cajones y rebusqué en su interior.

Tampoco encontré nada que pudiese ayudarnos a dar con el amuleto.

Abrí el otro cajón.

Contenía un pequeño cuaderno cuya cubierta de cuero se veía ajada por el uso y los años. Lo cogí y comencé a leerlo.

Era el diario de Jane Mulligan.

—Eric, creo que tengo algo —llamé a mi amigo.

No contestó.

—¿Eric? —pregunté, todavía sujetando el diario y girándome hacia el armario.

Lo que vi me dejó sin palabras.

Eric se apretaba contra la pared intentando alejarse todo lo posible de la figura que se encontraba en el centro del dormitorio. Era una mujer, pero sus formas, blanquecinas y traslúcidas, no dejaban

lugar a dudas de que humana, lo que se dice humana, no era. O, al menos, ya no. Puede que lo hubiese sido, pero ahora mismo parecía un fantasma y, con mucha probabilidad, lo era.

La figura se cernía de manera amenazadora sobre Eric, con los brazos en jarras y el ceño fruncido.



—Eh, tú, aléjate de mi amigo —exclamé corriendo hacia ella.

Se volvió rápida como una cobra y con un gesto feroz en su rostro se abalanzó sobre mí.

Me traspasó cayendo sobre el secreter en el que yo había estado instantes antes, pero fue como si nada lo hubiese tocado.

Un grito desgarrado surgió de la boca del ente.

—¡¡¡AAARRRGGGGGGGG!!!

Agarré a Eric del brazo y tiré de él en dirección a la puerta. Teníamos que salir de allí sin perder ni un segundo.

Corrimos por el pasillo algunos metros, pero la intensidad de los sollozos que surgían de la habitación que acabábamos de abandonar provocaron que parásemos la carrera.

Era un llanto de mujer. Empapado de tristeza, roto, que hablaba de pérdida y soledad. No nos dejó indiferentes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eric—. Está sufriendo.

Miré el diario que llevaba todavía conmigo.

—Lo mismo quiere que se lo devolvamos —sugerí.

—No lo sé, pero creo que deberíamos ir a ver qué le pasa.

Lo miré dudando. Él levantó las cejas en un gesto suyo muy característico, como un cachorro que pide un trozo de comida que no debe pedir. Resoplé con fastidio. Eric sabía que no me podía resistir a su mirada de cachorro pidiendo comida.

—Está bien, volvamos —dije con un suspiro, enfilando mis pasos de nuevo hacia el dormitorio.

Nos detuvimos frente a la puerta entornada y llamé con suavidad.

—¿Hola? ¿Se puede? —pregunté casi en un susurro.

El llanto arreció. Miré a Eric y dibujé un «¿Qué hacemos?» con mis labios. Mi amigo me indicó por señas que entrase.

Lo hice.

Me quedé en la puerta. El fantasma se encontraba flotando a unos centímetros de la estructura de la cama, boca abajo y con la frente apoyada en sus manos. Era como si el colchón siguiese en su sitio.

—¿Hola? ¿Eres Jane? —pregunté—. Soy la bisnieta de Elsa… Tu amiga Elsa…

Eric me empujó con suavidad por la espalda para que me acercase a la cama. Yo me resistí un poco, pero finalmente, di un par de tímidos pasos.

—¿Por qué lloras?

El fantasma separó la cabeza de sus manos y nos miró. Era Jane, la mujer de la fotografía que habíamos visto en la biblioteca.

—¿Elsa? —dijo incorporándose a la vez que se limpiaba las lágrimas—. ¿Eres la bisnieta de Elsa?

Asentí con la cabeza.

—¿Y cómo está? Hace siglos que no la veo.

—Estoooo… Mi bisabuela está muerta —dije con suavidad.

—Ah, claro, ahora lo entiendo todo —murmuró el fantasma. Su rostro convertido en una máscara desolada.

—¿Qué entiendes?

—Cuando fallecí, tu bisabuela venía a casa a verme a menudo… Esto no está tan mal si tienes amigos que te acompañen de vez en cuando. Un día dejó de venir, y yo no entendí por qué. No sabía si habría dicho algo malo que pudiese haberla ofendido o si simplemente se había cansado de mí. Me sentí muy dolida, me enfadé mucho… Pero ahora lo entiendo… Elsa murió.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Eric.

—Buff…, ni me acuerdo… ¿En qué año estamos? —preguntó ya más animada.

Le dijimos el año.

—Pues sí que ha pasado el tiempo. Una vez muerto, no prestas mucha atención a esas cosas —comentó con ligereza.

—Se dice que esta casa está encantada y que el fantasma de una mujer te acosa hasta la muerte si osas entrar aquí —dije despacio, midiendo mucho mis palabras—. ¿Qué hay de verdad en todo eso? En lo de que matas a la gente, me refiero; lo otro es obvio que es cierto.

—Pero ¿quién dice esas tonterías? Yo no he matado a nadie…

—Hace unos instantes no parecías muy amigable —la interrumpió Eric.

—Hace unos instantes vosotros parecíais dos ladronzuelos con muy poco respeto por la propiedad privada —contraatacó Jane—. Suelo asustar a todo el que entra en mi casa, no me gusta que me roben las cosas. Son lo único que me queda para recordar mi vida.

—*Touché* —aceptó Eric—. Entonces…, ¿no has matado nunca a nadie?

—¡Qué va! —rio Jane—. Cuando eres un fantasma la gente exagera con facilidad, dicen muchas tonterías, pero no, no he matado a nadie. Solo los asusto. Me han robado tantas veces que ya ni las cuento y vosotros… Bueno, vosotros os estabais llevando lo último que me queda: mi diario. A veces lo leo y recuerdo lo que era estar viva y ser amada. Recuerdo a mi familia y a mis amigos. Recuerdo el olor de las flores y mi comida favorita… —se interrumpió—. Y… decidme, si no estabais robando, ¿qué estabais haciendo?

—Estábamos buscando algo —dije tras una pausa. Lo que habíamos estado haciendo se parecía bastante a robar, y Jane parecía bastante susceptible cuando se trataba de sus cosas—. Necesitamos recuperar una cosa que mi bisabuela te regaló, un amuleto.

—Si me lo regaló, ahora me pertenece —contestó ella, suspicaz.

—Lo sabemos, y de no ser imprescindible que lo recuperásemos, no te lo pediríamos —intervino Eric—. Pero la reputación de Elsa, y de la familia Black al completo, está en juego.

Jane meditó durante unos instantes, midiéndonos con la mirada, intentando decidir si decíamos la verdad.

—Te pareces mucho a Elsa —dijo por fin acercándose a mí—. Incluso tu voz se parece a la de ella. Eres de verdad su bisnieta. —Asentí sin decir nada. Ella acercó su mano a mi rostro y lo acarició. No sentí más que una leve brisa con olor a lilas—. Yo la quería. La quería mucho. No quiero que su memoria se vea manchada por un simple objeto. Os ayudaré.

Eric y yo suspiramos aliviados. Nos había costado, pero podríamos recuperar el amuleto. En cuanto lo tuviésemos en nuestro poder, llamaría a la tía Paula. Su falsa aventura para encontrar la reliquia Thomsing finalizaría y el nombre de la familia Black estaría a salvo.

—Pero hay un problema —continuó Jane.

—¿Un problema? —preguntó Eric, temiéndose lo peor—. ¿Qué problema?

—Ya no tengo el amuleto… —La voz se le rompió en la última palabra—. Fallecí la noche que me lo robaron y nunca pude recuperarlo.

11

—Fui campeón de apnea en mi juventud —dijo lord Thomsing—. En esta ocasión creo que es mejor que me dejes ir a mí primero, querida. Buscaré algún túnel bajo el agua por donde podamos continuar.

—Muy bien, pero deja que te ate una cuerda. Por seguridad más que nada, no creo que haya mucha luz allí abajo —contestó Paula quitándose la mochila de la espalda con un resoplido cansado.

Estaban llegando al límite de sus fuerzas; sin embargo, sabía que todavía quedaban más pruebas por delante. Solo esperaba que no todas fuesen tan agotadoras y difíciles. La mujer rebuscó en el interior durante unos instantes hasta dar con lo que buscaba. Mientras tanto, lord Thomsing había comenzado a desvestirse.

Thomas Thomsing se dejó puesta solo la ropa interior y su sombrero fedora.

—Te dejo aquí todo esto, cuídalo, por favor —le pidió mientras Paula le ataba la cuerda al tobillo. Cuando ella se incorporó sacudiéndose las manos, el hombre se acercó a ella—. Pero, sobre todo, cuida esto —dijo quitándose el fedora y poniéndoselo a Paula —. Le tengo mucho cariño.

—Lo haré —contestó ella, sonrojándose. La proximidad de lord Thomas había conseguido ponerla nerviosa—. Y tú ten cuidado ahí abajo, al más mínimo problema te das media vuelta, ya buscaremos otra solución… Siempre hay otra solución.

Paula tenía claro que no iba a permitir que Thomas corriese ningún peligro. Si las cosas se ponían feas, le confesaría el engaño y

asumiría las consecuencias, aunque, si podía elegir, prefería evitar eso a toda costa.

Si los Thomsing, después de tanto tiempo intentando volver a formar parte del círculo de los Black, averiguaban que el amuleto había sido regalado, podrían considerarlo una ofensa imperdonable, y si eso ocurría, sería muy difícil volver a colaborar con ellos. Había que considerar que, al fin y al cabo, aquel objeto era una reliquia de la familia que los Thomsing habían conservado desde la época fenicia hasta la Edad Media, cuando los Black se la arrebataron y los expulsaron del círculo de aliados. Pensó que Elsa no había hecho bien al regalárselo a su amiga, lo justo habría sido devolvérselo a los Thomsing tras descubrir que ya no poseía el poder que había ostentado, pero ya era tarde para ello. Paula tendría que seguir adelante con aquella farsa e intentar que todo acabase bien. Pero si eso significaba arriesgar la vida de Thomas, no dudaría en ponerle fin.

Lord Thomas se introdujo en el agua. Un escalofrío le recorrió la columna.

—Está congelada —comentó con la voz entrecortada y emitiendo aquella risilla nerviosa a la que Paula comenzaba a acostumbrarse.

Continuó avanzando despacio, teniendo cuidado de no resbalar con las rocas del fondo. Cuando el agua ya le cubría hasta la altura de la cintura, se detuvo. Tomó aire un par de veces y se sumergió por completo. Emergió sacudiendo la cabeza, con el agua chorreando por sus bigotes. Sonrió a Paula y, con un grácil salto, volvió a sumergirse.

Paula esperó en la orilla, apretaba la cuerda que llevaba Thomas alrededor del tobillo con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos.

Iba a matar a Miragen.

Tenía que haberse imaginado que algo así podría pasar. Miragen no era famosa precisamente por su sensatez y comedimiento. Ese pensamiento le recordó a Paula la vez que Miragen había ido a

visitarla a la ciudad y se había negado a dejar la espada en casa. Paula intentó convencerla sin ningún éxito. Miragen insistió en que sin su espada se sentiría desnuda… Y nada hizo que reconsiderase su decisión, así que, se fueron ambas de compras y a cenar a un restaurante, y su amiga llevó todo el rato la espada en la cintura ante las miradas asombradas —y un poco temerosas— de todo aquel con el que se cruzaban.

El recuerdo hizo que Paula sonriese, Miragen podía ser muy bruta, pero eso también era parte de su encanto.

—Ejem… ejem…

Paula se dio la vuelta para encontrarse cara a cara con su amiga.

—Te voy a matar —dijo acercándose a ella sin soltar la cuerda. Si bien su actitud no era muy amenazadora, le hacía mucha ilusión poder charlar con Miragen cara a cara, aunque la ocasión podría haber sido más propicia—. ¿Se puede saber en qué estás pensando? Casi morimos aplastados ahí dentro.

—No exageres, Paula, la piedra habría parado antes. No habéis corrido peligro en ningún momento. —Miragen se defendió entre risas—. ¡Jamás os haría daño!

—¿Y esto? —preguntó Paula señalando las paredes de la cueva —. ¡No hay salida! Thomas está buceando en busca de una…

—¡¿Se ha metido en el agua?! —se alarmó Miragen—. ¡Sácalo de ahí ahora mismo!

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—¡Bobbi! ¡Bobbi es lo que sucede!

Paula abrió mucho los ojos, se acercó a la orilla y comenzó a tirar de la cuerda.

—No creo que pase nada —dijo Miragen tratando de tranquilizarla—, pero Bobbi es muy suyo con su casa. La prueba es vencerlo, él no va a haceros ningún daño… Ya le dije que fuera con cuidado… Y cuando lo venzáis, os abrirá un pasadizo, pero si Thomsing toca algo dentro de su guarida, podría enfadarse. En ocasiones es muy temperamental… Y, por favor, no le hagáis daño de verdad. Lo quiero mucho. Ocúpate tú de la pelea, di que conoces

su punto débil o algo así. Bobbi no va a resistirse demasiado.

—¡Vete! Está a punto de emerger —masculló Paula todavía tirando de la cuerda—. ¡Ya arreglaré cuentas contigo!

—¿Te has enfadado? —preguntó Miragen, dolida.

—No, no estoy enfadada. Enfadada es quedarme muy corta. —El gesto dolido de Miragen hizo que Paula suavizase un poco el tono antes de continuar—. Anda, lárgate o nos pillará.

Miragen se despidió con una sonrisa de disculpa, apretó una piedra con su bonita sandalia y en el muro se alzó una roca, descubriendo un pasillo iluminado por antorchas. La mujer desapareció por la abertura, la cual se cerró de nuevo, sin apenas hacer ruido, a sus espaldas.

Lord Thomsing salió del lago subterráneo tosiendo y escupiendo. Los tirones de Paula a la cuerda le habían hecho tragar mucha agua.

—¿Se puede saber qué sucede? —exclamó enfadado cuando se hubo recuperado lo suficiente.

Paula imaginaba que ser arrastrado por el agua atado por el tobillo no había tenido que ser una experiencia muy agradable, pero mejor eso que ser devorado por Bobbi. Thomas esperaba una respuesta por parte de Paula y, por su ceño fruncido, debía de estar esperándola cuanto antes.

—Hay algo en el agua —improvisó Paula—. Lo he visto.

Paula no tenía ni idea de cuánto podría haber crecido Bobbi desde la última vez que lo había visto, y ya entonces era un ajolote gigante de más de cinco metros de altura. Era adorable, además de muy educado y divertido, pero su boca contenía demasiados dientes, y no conocía a Thomas: podía asustarse al ver a un señor en su guarida y atacarlo.

—¿Qué hay? —preguntó el hombre comenzando a vestirse.

—No lo sé, solo he visto que la superficie se movía. No he podido verlo bien, pero he preferido sacarte de ahí para evitar cualquier peligro —improvisó ella.

En ese momento los ojos de Thomsing, que se encontraba sentado en el suelo de frente al lago, atándose las botas, se abrieron

como dos platos, casi a punto de salirse de las órbitas. Paula escuchó detrás de ella una especie de chapoteo y después silencio.

—Está detrás de mí, ¿verdad? —preguntó Paula encogida sobre sí misma.

Thomas se había quedado mudo por el susto, todo lo que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

Paula se dio la vuelta despacio hasta situarse frente a frente con Bobbi.

Había crecido bastante. Calculaba que ahora medía unos ocho metros de alto y más de diez de largo. Sus dientes también eran más grandes. Muy grandes. Enormes.

El ajolote había bajado la cabeza hasta situarla delante de la de Paula y la miraba con los ojos entrecerrados, enseñando los colmillos.

Paula le guiñó el ojo y Bobbi le sacó la lengua aprovechando que lord Thomsing no podía verlo por estar la mujer en medio.

—¡Thomas! ¡Contra la pared! ¡Aléjate de las aguas! ¡Yo me encargo de él! —gritó Paula lanzándose contra el animal—. ¡Sé cómo vencerlo!

Lord Thomas reculó sin llegar a levantarse hasta que su espalda chocó contra uno de los muros de la gruta, horrorizado por los afilados dientes de aquella inmensa bestia.

Paula trepó por las patas del ajolote gigante hasta situarse sobre su cuello, acercó la boca a su oído.

—Estás muy grande y muy guapo —susurró—. Me alegro mucho de verte. ¿Cuánto hacía?

Bobbi sacudió la cabeza arrojando a la mujer a la orilla, si bien la sujetó con una de sus patas antes de que chocase contra el suelo. Ella se escabulló de la garra y saltó al suelo con agilidad.



Bobbi giró sobre sí mismo, derribando a Paula con su cola, y se abalanzó sobre ella.

—Hace siglos que no nos vemos, oui —le dijo Bobbi en medio de la falsa pelea.

No había perdido ni un poquito de su acento francés. Bobbi

había nacido en un zoológico de París. Cuando sus cuidadores se dieron cuenta de la anomalía que sufría —un ajolote suele medir unos veintitrés centímetros como mucho—, se propusieron estudiarlo. Paula Black sabía lo que eso significaba y lo robó siendo una cría.

Por supuesto que lo robó, un ajolote gigante podía llegar a ser muy peligroso en malas manos. Y, por supuesto, la Galería de los Secretos no era lugar para un ser vivo, por lo que decidió ponerlo al cuidado de Miragen, quien, poco después, descubrió que Bobbi podía hablar, si bien solo hablaba francés, por lo que tuvo que enseñarle su idioma. Desde entonces vivían juntos en Tilopán.

—Tú estás estupenda, ma chérie, los años no pasan pog ti. Sigue peleando y pegdona si te hago daño, a veces no contgolo mi fuegza. Cuando te guiñe el ojo, me das un puñetazo en el hocico y yo hagué como que has ganado.

Forcejearon un rato más hasta que Paula le soltó un derechazo al animal, que se alzó sobre sus dos patas traseras y cayó al lago de espaldas, con gran estruendo, empapando a los dos aventureros.

Paula permaneció en la orilla, las manos apoyadas en sus rodillas, jadeando por el esfuerzo. Casi costaba más pelearse de mentira que hacerlo con todas las consecuencias.

Las aguas volvieron a abrirse y de ellas surgió Bobbi en actitud mucho más tranquila.

—¡Me has vencido, mujeg! —exclamó con teatralidad el ajolote —. Egues digna de continuag.

Tras el animal, se alzó de entre las aguas una plataforma de piedra y luego otra y otra y otra más, hasta alcanzar la pared de enfrente, en la que una roca descendió, dejando ver un pasadizo.

—¡Lo has logrado! —Thomas estaba junto a Paula—. ¡Podemos seguir avanzando!

—No era tan difícil, los ajolotes gigantes tienen el hocico muy sensible, solo necesitaba darle un puñetazo en él. —Paula no tenía ni idea de si eso que acababa de decir era cierto, pero tampoco creía que la información estuviese disponible en Google. Bobbi era

el único ajolote gigante que conocía.

Bobbi miró a Paula y, guiñándole el ojo, volvió a sumergirse dejándoles el paso libre.

Los dos exploradores atravesaron el lago saltando de plataforma en plataforma hasta alcanzar el muro de enfrente.

Antes de penetrar en la oscuridad que se extendía ante ellos, necesitaron unos minutos para mentalizarse. Paula se preguntó qué les habría preparado su amiga esta vez, aunque, conociéndola como la conocía, imaginaba que nada bueno o demasiado fácil. Suspiró y ambos se adentraron en el nuevo túnel sin mucha ceremonia.

Cuando vio dónde se encontraban, Paula pensó, una vez más, que iba a matar a Miragen.

12

—¿Cómo moriste? ¿Te mataron quienes te robaron el amuleto? —preguntÃ© con suavidad.

—Oh, no, nada de eso. Si tu bisabuela siguiese entre vosotros, podría contarte que mi torpeza era conocida en todos los círculos de la ciudad. No había evento en el que yo no derramase una copa de vino, chocase contra una mesa o derribase una bandeja con canapés. Esa era yo… —Jane perdió unos instantes la mirada en un punto indefinido situado por encima de nuestras cabezas. Una sonrisa distraída adornaba sus blanquecinos labios—. Aquella noche me encontraba sola en casa, mis padres estaban de viaje. Al escuchar ruidos en la planta de abajo, salí de mi dormitorio a la carrera. Sabía que no podían ser mis padres, no volverían hasta la semana siguiente… Al llegar a la escalinata, pisé el dobladillo de mi camisón y caí rodando por los escalones con tan mala suerte que me rompí el cuello. Ni siquiera me enteré.

—Pero eso es horrible —se escandalizó Eric—. Si no hubiesen entrado a robar, no habrías muerto…

—Es una forma de verlo —aceptó Jane—. Sin embargo, eso no convierte a aquellos ladrones en asesinos. Fue un accidente, muchacho. Nada más. Los accidentes ocurren, podría haberme caído porque el cartero hubiese llamado a la puerta —zanjó la mujer encogiéndose de hombros.

—¿Cómo es ser un fantasma? —pregunté con timidez—. Me refiero a… ¿qué haces todo el día? ¿No te aburres?

—Como una ostra. Me aburro como una ostra —contestó Jane,

resoplando y poniendo los ojos en blanco a la vez que el tono de su voz se tornaba rasposo y desesperado—. Antes os he dicho que asusto a la gente para que no me roben… Y no es mentira, pero también lo hago para distraerme un poco. No puedo salir de la propiedad Mulligan, y ya me la sé de memoria. Me dedico a vagar por los pasillos y poco más. Antes podía leer los libros de nuestra biblioteca, pero me los fueron robando. En ocasiones me gusta ir al lago a mirar el anochecer, pero he visto tantos que hasta eso ha perdido su encanto. —Jane hizo una pausa—. Hace mucho tiempo, una pareja se instaló en la casa durante una temporada, parecían vagabundos, no tenían apenas nada; sin embargo, siempre fueron amables conmigo. Llevaban con ellos una pequeña radio que me dejaron cuando siguieron su camino. Me entretenía mucho la radio, me ayudaba a saber lo que pasaba ahí fuera, pero terminó estropeándose.

—Nosotros podemos traerte otra radio o una tele… Incluso un ordenador, pero necesitarás corriente —me ofrecí.

—¿Harías eso, pequeña? Sería maravilloso. —Jane parecía emocionada—. Pero ¿qué es un ordenador?

—Es un aparato con el que puedes escribir, leer, jugar… Y, si hay conexión a internet, que es una red que te conecta con muchas otras personas y fuentes de información, podrías ver películas, series de televisión y hablar con otros sin moverte de aquí… Y, claro que lo haría, pero primero tenemos que averiguar cómo conseguir que tengas electricidad en la casa. Déjalo en mis manos.

Jane se elevó hasta el techo dando palmadas y riendo.

—¿Por qué te convertiste en fantasma? —preguntó Eric.

Su mirada me dijo que el tema le interesaba por lo de su padre. Me había contado su desaparición y que él creía que estaba muerto… Tal vez conocer a Jane le había dado esperanzas de volver a hablar con él… de algún modo.

La alegría que sentía Jane segundos antes se desvaneció por completo.

—No lo sé. Supongo que tengo algo sin concluir.

—Y no sabes qué es —pregunté yo.

—Tengo una ligera idea, pero ya no tiene importancia.

—Podemos ayudarte a terminar lo que sea —dijo Eric.

—Ya no se puede terminar. Imagino que estoy condenada a seguir vagando por esta casa para siempre. Y estoy cansada, me gustaría irme.

—Dinos qué es lo que no concluiste. —Eric se acercó a Jane e intentó apoyar su mano en el hombro de la mujer. Al ver que no podía, se arrodilló frente a ella—. Tal vez entre los tres se nos ocurra algo.

Jane nos contó que la noche en la que murió estaba escribiendo una carta. Una carta que para ella era muy importante. Esa carta podría cambiar su futuro, ayudarla a ser quien quería ser en realidad. Al escuchar los ruidos que la hicieron salir de su dormitorio, dejó la carta a medias, junto al amuleto que le había regalado mi bisabuela Elsa.

Cuando, tras la caída, se levantó, se encontraba al pie de la escalinata. Vio su cuerpo tendido en el suelo y se asustó mucho. Comenzó a gritar, creyó que iba a quedarse sin voz, que los ladrones la descubrirían. Sin embargo, los ladrones pasaron por su lado sin inmutarse, se agacharon junto a su cuerpo, que yacía sobre el *parquet* en una postura antinatural, y se dieron cuenta de que ya no podían hacer nada por ella. Dijeron que tenían que apresurarse, ya que, si los pillaban, los acusarían de la muerte de la mujer.

Jane se dio cuenta de que no la veían.

No la oían.

Ella siguió gritando; no entendía lo que estaba sucediendo.

Siguió a los ladrones en su ascenso por las escaleras hasta su dormitorio, fueron directos a él. En cuanto entraron, vieron el amuleto sobre el escritorio y lo cogieron. No buscaron nada más, y eso que Jane poseía algunas joyas muy valiosas. Después robaron un par de collares de su madre y el dinero que pudieron encontrar y se marcharon por donde habían venido. En total, no estuvieron en la casa más de unos minutos. Jane recordó haber pensado que

habían ido solo a por el amuleto.

La carta quedó olvidada sobre el escritorio de Jane.

Nunca pudo terminarla.

La mujer tuvo que hacer una pausa en su relato. Su rostro se ensombreció y sus labios comenzaron a temblar. Tuvo que esforzarse por recomponerse y no romper a llorar allí mismo. Recordar todo aquello resultaba muy doloroso para ella. Nosotros escuchábamos sin interrumpirla, deseosos de encontrar una manera de ayudarla.

Continuó hablando, dijo que la carta era para sus padres, quienes querían casarla con un joven de buena familia. Ella solo quería ser Jane. Elsa le había pedido formar parte de su equipo, y Jane iba a decirle que sí. Quería viajar y vivir aventuras como hacía su mejor amiga. Quería decidir por sí misma qué hacer con su vida. Quería ser independiente, y trabajar con Elsa le proporcionaría la autonomía que deseaba. Sabía que sus padres se enfadarían con ella, que la desheredarían, pero nada podría hacer que cambiase de opinión. Quería salir de allí.

Nunca se fue. Nunca fue la Jane que quería ser. Y nunca podría serlo porque ella había muerto y Elsa también.

Ahora estaba atrapada en aquella casa para siempre.

No podían hacer nada para cambiar aquello.

Nadie podía hacerlo.

Se hizo el silencio en la estancia. Cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Yo buscaba una solución al problema de Jane. Tenía que haber algo. Algo en lo que no nos hubiésemos fijado.

—Tal vez sí podamos —dije por fin. Se me había ocurrido una idea—. Crees que estás atrapada porque nunca te fuiste con Elsa, ¿no? Y ahora sigues porque Elsa ya está muerta y jamás podrás irte con ella…

—Sí, eso es lo único que tengo inconcluso —contestó ella.

—Tal vez el problema no sea que no te fuiste —argumenté—. ¿Y si el problema es que nunca le dijiste a tus padres lo que sentías?

Creo que debes acabar esa carta.

—¿Cómo? —preguntó Jane con los ojos llenos de lágrimas—. Por si no te has dado cuenta, no tengo un cuerpo, no puedo ni sostener la pluma. Si hubiese podido, créeme que habría intentado comunicarme con mis padres. Tuve que asistir a su dolor ante la muerte de su única hija sin poder hacer nada por consolarles… En los años que siguieron hasta la muerte de mi padre, ninguno de los dos consiguió superarlo. Yo intentaba comunicarme con ellos, decirles que seguía aquí, que estaba bien… Pero nada sirvió. Gastaron gran parte de su fortuna buscando a los asesinos, pero nunca los encontraron… ¡Ni siquiera supieron nunca que no fue un asesinato, que fue un accidente! Tras la muerte de mi padre, sucedió algo. No sé por qué, pero, a veces, mi madre podía sentirme cuando estaba cerca de ella, en ocasiones me llamaba y yo acudía, y ella lloraba y lloraba y lloraba, alzando las manos frente a ella, intentando tocarme… Yo lo intentaba también, pero nada. Ella me sentía, pero no teníamos forma de comunicarnos. Antes de morir dejó todo preparado para que, con lo que le quedaba de dinero, un bufete de abogados continuase pagando los impuestos de la mansión; para que nadie me pudiese echar; para que yo tuviese donde vivir. Murió sola en su cama, mientras dormía, pero ni siquiera en el momento de su muerte pudimos reencontrarnos. Ella se fue, y yo continué aquí… Para siempre. Después de eso, mis poderes empezaron a crecer, aprendí a hacerme visible, a manipular el entorno… un poco. Podía coger un libro, pero pasar las páginas me costaba mucho. Podía escuchar la radio y cambiar el dial… y otras cosas, como lo del cuadro de antes… Pero ya era demasiado tarde.

Nos quedamos mudos ante su narración. Ahora entendíamos mejor su dolor, su tristeza y lo mucho que había tenido que luchar para continuar siendo lo más humana posible, en lugar de convertirse en el monstruo en el que podría haberse convertido. Eric levantó el rostro hacia ella.

—No perdemos nada por terminar la carta, Jane… Y ya sé que

no puedes escribirla, pero yo puedo hacerlo por ti —decidió Eric incorporándose y dirigiéndose al secreter—. Vamos, tenemos una carta que terminar.

13

Se hallaban en una estancia con suelo de mosaico y muros adornados con bajorrelieves en los que podían verse distintas escenas de la vida de la ciudad perdida. La humedad que flotaba en el ambiente formaba una suave neblina que le daba a toda la sala un aspecto irreal, onírico. Las gotas de condensación acumuladas sobre los mosaicos hacían que brillasen como si los hubiesen barnizado hacía apenas unos minutos, los rayos de sol que conseguían colarse entre las rendijas del techo rebotaban contra ese barniz y dotaban a todo el espacio de un brillo, que, aunque amortiguado por la niebla, se veía hermoso.

Pero Paula no se dejó engañar por la belleza del lugar. Sabía dónde se encontraban. Lo había sabido nada más atravesar la entrada.

Y no era nada bueno.

No entendía cómo Miragen había podido convencer a Mornia para participar en la farsa… Si es que la había convencido, claro.

Caminaron por la sala. Era tan amplia que tardaron todavía un rato en vislumbrar el altar que había al fondo de la misma.

No parecía que hubiese trampas o cualquier otro tipo de peligro, solo el altar, y frente a él, un pedestal sobre el que se alzaba una esfinge.

La esfinge estaba tallada en una roca rojiza y lisa. Sus ojos eran dos gemas azules que brillaban con luz propia emitiendo un reflejo azulado que rebotaba sobre la superficie frente a la estatua.

Era imponente.

El cuerpo de la estatua —el de un león alado— reposaba sobre el pedestal en actitud relajada. Las alas estaban talladas en un tipo de roca brillante y blanca que ni Paula ni lord Thomsing supieron reconocer. El rostro era el de una mujer muy hermosa; sin embargo, sus rasgos rozaban la crueldad.

—¿Qué es esto? —preguntó lord Thomsing. Había genuina curiosidad en su pregunta, uno de los rasgos de Thomas que más le gustaban a Paula. Era curioso por naturaleza, si había una pregunta, él intentaba responderla, sobre todo si eso conllevaba desvelar algún secreto oculto durante siglos. No en vano llevaba años ganándose la vida como arqueólogo y aventurero.

—Una esfinge… En el Antiguo Egipto se suponía que guardaban los templos por la noche, cuando cobraban vida —explicó Paula.

—Ya, querida, ya sé que es una esfinge, me refiero a qué hace aquí… De todas formas, esta no parece que esté muy viva —rio el hombre, acercándose al pedestal—. Pero hay que reconocer que quien la esculpió sabía lo que hacía, casi parece que respira.

A su espalda, Paula torció el gesto. No es que casi pareciese que la esfinge respirase, es que lo hacía.

Paula ya se las había visto con ella y tenía muy mal genio… Además, solía comerse a todo aquel que no superase sus pruebas.

Y sus pruebas nunca eran fáciles, estaban pensadas para fallar.

Iba a matar a Miragen.

Paula y Thomas vagaron por la sala unos minutos más, tratando de hallar alguna salida por la que continuar su búsqueda. Thomas investigaba el lado oeste mientras que Paula hacía que miraba por el este. Sabía de sobra dónde estaba el pasadizo que les permitiría continuar: bajo el pedestal de Mornia.

En ese momento recibió un mensaje de Amanda en su reloj, que era el mismo modelo creado por Benson que llevaban todos los Black cuando salían en alguna misión. Era mucho más que un reloj, si bien su aspecto era de lo más corriente.

Seguimos buscando el amuleto,

todavía no sabemos quién lo tiene. ¿Cuánto tiempo nos queda?

Era una buena pregunta. Según los cálculos de Paula, a Thomas y a ella misma no les quedaba mucho, Mornia se las ingeniaría para devorarlos… Estaba segura. Sin embargo, su respuesta fue:

Como mucho, otras veinticuatro horas.

COMO MUCHO, AMANDA.

Apenas había pulsado la tecla «enviar» cuando se escuchó una voz de mujer a sus espaldas que resonó por toda la sala.

—Cuando os canséis de buscar lo que no existe, podéis venir a charlar conmigo.

Paula resopló y puso los ojos en blanco.

Empezaba el espectáculo.

Se reunió con Thomas frente a la esfinge, el hombre miraba sorprendido la majestuosa estatua, que se había alzado sobre sus cuatro patas y les devolvía la mirada con gesto de curiosidad. La esfinge dio tres vueltas sobre su propio eje y, cuando pareció encontrar el punto correcto, se sentó sobre sus cuartos traseros.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué buscáis, humanos?



—Una forma de continuar —dijo Paula adelantándose a Thomas y pidiéndole que guardase silencio con un gesto.

—¿Sabéis que continuar podría costaros la vida?

—Lo sabemos, esfinge.

—Puedes llamarme Mornia —comentó la esfinge con

aburrimiento—. Tampoco me lo llamaréis durante mucho rato, ya que sé cómo va a terminar todo esto. Yo os pondré una prueba, fallaréis y tendré que comeros. Es siempre lo mismo. Pero os pondré varias, que hace mucho que no hablo con nadie… Aun así, esto siempre acaba igual: con alguien siendo devorado por mí, claro.

—Podrías elegir no hacerlo —aventuró Paula.

—No, humana, eso no es posible. He de devoraros porque he de proteger lo que hay más allá de esta sala. Solo los más sabios pueden sobrepasar este punto del templo y blablablá —recitó Mornia con hastío.

—Está bien —aceptó Paula—, pues dinos tu primera prueba y acabemos pronto con todo esto.

—No tengas prisa por morir, mujer, al fin y al cabo no tengo compañía muy a menudo, y tú me has caído bien. Pareces inteligente —dijo la esfinge fijando sus ojos en Paula—. Me va a dar un poco de pena comerte, pero es lo que hay. Yo no hago las reglas.

—Venga, Mornia, que tampoco tenemos todo el día —se impacientó Paula.

Mornia le caía bien, pero cuando estaba en su papel de esfinge, se podía llegar a poner muy mística y muy pesada.

—Bueno, bueno… ¡Qué prisas, por favor! —aceptó Mornia—. ¿Estáis preparados? Vamos allá. La primera prueba es un acertijo que nunca nadie ha podido adivinar. Podéis pensar todo el tiempo que queráis, pero ya os avanzo que no vais a conseguirlo. Es un acertijo con siglos de histori…

—Pero… ¡¿quieres empezar de una vez?! —exclamó Paula, ya bastante enfadada, haciendo que la esfinge diese un respingo.

—Qué genio tienes, mujer, en verdad que me caes bien —contestó la esfinge, intentando recuperar la compostura—. Vale, veo que tenéis prisa por morir. Aquí va el primer acertijo: «Si me tienes, quieres compartirme; si me compartes, no me tienes. ¿Qué soy?». En serio, dedicadle todo el tiempo que necesitéis. Si falláis, moriréis; si adivináis lo que es, podréis acceder a la siguiente prueba. Pero no lo conseguiréis, claro. Pensadlo detenidam…

—Es un secreto —dijo lord Thomas con cierto tono de extrañeza. Aquel acertijo le había parecido muy sencillo.

Mornia abrió mucho los ojos, se incorporó sobre sus cuatro patas y carraspeó varias veces. Parecía sorprendida y bastante incómoda. Carraspeó de nuevo, intentando encontrar las palabras para continuar.

—Está bien, lo habéis adivinado… Uno de mis acertijos más difíciles… Habéis tenido que ver la respuesta en algún sitio, porque, si no, no me lo explico… ¿Os he dicho ya que no se pueden hacer trampas? ¿Lleváis uno de esos aparatos planos en los que los jóvenes de hoy en día encuentran información utilizando una magia que solo ellos entienden?

—Mornia, nos has estado mirando todo el rato —se defendió Thomas. Sus labios apretados y la mirada torva que le lanzó delataban que empezaba a estar un poco harto de la situación—. ¿Te parece que hemos buscado nada? Mi móvil ni siquiera tiene cobertura en este lugar perdido.

—Bueno… Hummm… Vale, de acuerdo, tienes razón. Acepto que lo has adivinado de manera honrada.

—¿Nos puedes decir ya cuál es la segunda prueba? —preguntó Paula.

—Eeeh… Sí, claro… —Mornia parecía dudar—. ¿Podéis iros a la entrada? Tengo que consultar un par de cosas.

—Está bien, pero no tardes, que tenemos algo de prisa —dijo lord Thomas.

Los humanos se alejaron hasta perder de vista a la esfinge, que cuando estuvo segura de encontrarse lejos de miradas indiscretas, se bajó del pedestal, abrió el túnel que se encontraba bajo el mismo y se introdujo por él.

Pocos metros más adelante se encontraba Miragen.

—Dijiste que no lo averiguarían —comenzó Mornia haciendo aspavientos con los brazos y las alas—, que no tendría que pensar en ninguna otra prueba… ¿Qué hago ahora?

En ningún caso Mornia iba a comerse a los dos humanos.

Miragen le había pedido que los entretuviese un rato con sus acertijos más difíciles, que les hiciese pensar durante un par de horas —cuanto más tiempo, mejor—, y después les plantease uno sencillo para que Paula y Thomas pudiesen continuar… Al haber acertado en apenas unos segundos el más difícil de todos los que conocía la esfinge, la cosa se complicaba.

—Ay, Mornia, lo siento mucho. Pensaba que fallarían. A mí me costó años averiguar ese acertijo… ¡Es muy difícil!

—Pues, por lo visto, ese tal lord Thomas lo conocía… Ya me dirás qué me invento ahora.

—No sé… ¿Una carrera? ¿Un concurso? —propuso Miragen—. Una vez, de visita en casa de Paula, estuvimos viendo un programa en el que una persona tenía que ir contestando preguntas cada vez más difíciles, el presentador le daba cuatro posibles respuestas. Había tres comodines: una pista, una llamada a un amigo y preguntarle al público. Y si fallaba una de las preguntas, perdía y…

—PERO ¿CÓMO VOY A HACER UN CONCURSO? —La interrumpió Mornia, hecha una furia—. ¡SOY UNA ESFINGE! ¡TENGO UNA IMAGEN QUE MANTENER! Mira, ya me apañaré por mí misma… ¿Cuánto tiempo necesitas para preparar la siguiente prueba?

—Dame todo el que puedas conseguir, voy muy retrasada…

—Yo no me sé tantos acertijos, normalmente caen en el primero, y solo tengo que perseguirlos un rato y comérmelos. Ya veré qué puedo hacer —se resignó Mornia, dándose la vuelta para subir las escaleras—. Pero date prisa, no creo que pueda entretenerlos mucho más tiempo.

Una vez fuera, la esfinge volvió a colocar el pedestal sobre el túnel y con un grácil salto se subió a él.

—¡Humanos! —llamó con tono solemne—. ¡Acercaos!

Paula y Thomas se aproximaron de nuevo a Mornia, caminaban charlando entre ellos de manera relajada. No parecían muy asustados.

—¿Y bien? —dijo Paula cuando se encontró frente al pedestal—. ¿Nos vas a decir ya cuál es la siguiente prueba?

Mornia suspiró antes de contestar. Dio tres vueltas sobre sí misma, como un gato que busca el lugar más cómodo, se detuvo, se rascó la cabeza con la pata trasera, miró a sus interlocutores, entrecerró los ojos, negó con la cabeza varias veces y volvió a suspirar. Todo eso lo hizo mientras pensaba a qué nueva prueba someter a los dos humanos.

No encontró nada que no fuese o demasiado fácil o demasiado difícil… Y Miragen había dejado claro que tenían que superar la prueba. Y que tenían que tardar en hacerlo para darle a ella el suficiente margen para preparar el siguiente desafío.

—Pues mira, sí, os lo voy a decir… Os voy a hacer una serie de preguntas, cada cual más difícil y tendréis que contestarlas todas… Yo os voy a dar cuatro posibles respuestas y vosotros elegís una. Tenéis tres comodines. ¿De acuerdo? El primer comodín es una pista… —Dudó unos instantes antes de continuar, allí no había teléfonos ni público—. Bueno, y el segundo y el tercero también son pistas. Si falláis alguna de las preguntas, os devoraré; si las acertáis, os dejaré continuar. ¿Está todo claro?

Paula miró a Mornia levantando una de sus cejas. Su rostro era una interrogación. Mornia le devolvió el gesto encogiéndose de hombros.

—Sí, estamos listos —contestó Thomas asustado. Aquello de las preguntas no le gustaba mucho, era muy fácil fallar una—. ¿Cuál es la primera pregunta?

Mornia se aclaró la voz, intentando ganar tiempo mientras pensaba.

—Eh…, sí. La primera pregunta… Aquí va: nombre de un pequeño mamífero originario de Indonesia que apenas supera los treinta centímetros, tiene grandes ojos y dedos como los de las ranas. Os doy las cuatro opciones…

Paula volvió a pensar que iba a matar a Miragen.

14

Entre los tres conseguimos escribir la carta que Jane no había podido terminar la noche en la que murió. Cuando terminamos, ya había caído la noche. Se nos acababa el tiempo. La tía Paula nos había dado, como mucho, un día más.

—¿Y ahora? —preguntó Jane.

—Habrá que entregársela de alguna forma a tus padres —contesté.

—Deberíamos llevarla a sus tumbas… ¿Dónde están enterrados? —intervino Eric.

—En el panteón familiar que se encuentra en el pequeño cementerio que hay junto al lago.

—¿En los terrenos de la mansión? —La cara de Eric se iluminó al pensar que no tendrían que ir muy lejos a entregar aquella carta. Mi amigo comenzaba a acusar el cansancio, lo noté por la postura hacia delante e inclinada de sus hombros. A medida que su energía se agotaba, se iba encorvando, haciéndose pequeño, como si el peso del mundo recayese sobre su espalda.

—Sí. Toda mi familia está enterrada allí. Yo también —explicó Jane haciéndome volver al presente.

Bajamos por la escalinata que le había costado la vida a Jane y salimos al exterior. Eric volvió a sacar su linterna para iluminar el camino hasta el lago.

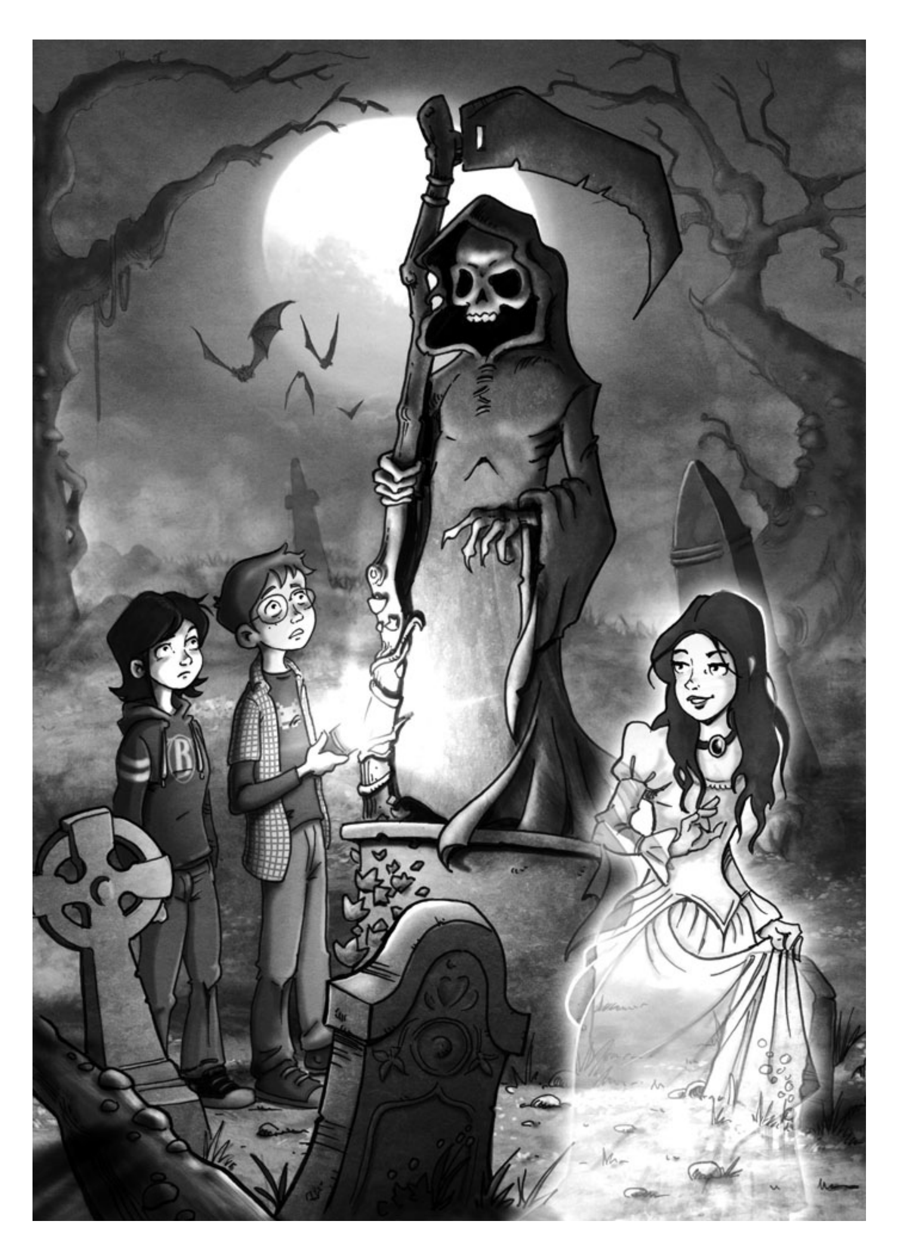
Caminábamos despacio, seguíamos a Jane, que, en la oscuridad, brillaba con una luz blanquecina. Era hermosa. Muy hermosa.

Nos detuvimos al llegar a la verja que daba paso al cementerio.

Era tétrico, estaba oscuro y hacía frío, como si la temperatura hubiese descendido diez grados de golpe.

Un camino casi cubierto por las malas hierbas avanzaba hasta un imponente mausoleo de mármol. A ambos lados del camino se extendían sendos campos de lápidas. Algunas habían aguantado el paso del tiempo en bastante buen estado, otras estaban inclinadas o se habían desplomado, cansadas ya de indicar el lugar en el que yacía tal o cual Mulligan.

Un par de esculturas en forma de ángel destacaban en aquel paisaje, si bien la estatua que más llamó nuestra atención fue la de una enorme figura encapuchada que portaba una guadaña.



—Esa es la tumba del tío Peter —comentó Jane cuando se dio cuenta de la dirección en la que mirábamos Eric y yo—. En vida decía que ningún cementerio era lo bastante cementerio hasta que no contaba con una representación de la Parca, y pidió a la familia que, a su muerte, adornasen su lugar de descanso eterno con una…

Tenía un sentido del humor algo macabro, pero era muy divertido.

Avanzamos despacio por el camino, deteniéndonos a leer una lápida aquí, otra allí, las que todavía podían leerse, porque topamos con un par cuyas letras apenas eran ya visibles. Tenían más de trescientos años de antigüedad.

Cuando llegamos frente al panteón, nos dimos cuenta de un nuevo problema: la puerta estaba cerrada y no teníamos ni idea de dónde podrían encontrarse las llaves.

—Podemos romperla —sugirió Jane.

—Yo podría trepar hasta el tejado y colarme por el tragaluz —propuse.

—En realidad, nosotros no tenemos que entrar, ¿no, Jane? —dijo Eric tras meditarlo unos segundos—. Y tú eres un fantasma. Tú puedes atravesar la puerta, nosotros te pasamos la carta por debajo y ya está, problema solucionado. Tendrás que leerla sentada en el suelo, ya que no puedes cogerla… Pero, bueno, algo es algo.

Eric y yo esperamos junto a la tumba del tío Peter, dándole a Jane la intimidad que necesitaba para leer aquella carta a sus padres.

La mujer se tomó su tiempo. Cuando salió del panteón, lo hizo con una sonrisa asomando a sus labios.

—Ya está —anunció cuando estuvo frente a nosotros—. Creo que ya está. Creo que mis padres habrían aceptado mi decisión.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Leí la carta tal y como habíamos quedado. Al principio no sucedió nada, pero después pude sentir el olor del perfume de mi madre y como una brisa que me rozaba. A continuación, el olor de la pipa de mi padre… Y como un abrazo… Y eso fue todo.

—¿Crees que ha funcionado? —preguntó Eric.

—Sé que ha funcionado porque hay una cosa que siento: siento que puedo marcharme.

—Nos alegramos mucho de haber podido ayudarte —dije acercándome a ella.

Pensé en todo el tiempo que había estado vagando en soledad

por un mundo al que ya no pertenecía, y no pude evitar que los ojos se me empañasen. Tenía que haber sufrido mucho siendo testigo de cómo, una a una, todas las personas a las que amaba habían ido muriendo, sin que ella pudiese hacer nada, sin poder despedirse de ellos, sin poder sujetarles la mano. Junto a su cama, sin que pudiesen verla o escucharla. Dejándola atrás.

A pesar de todo, Eric y yo nos encontrábamos como al principio, sin tener ni idea de dónde podría encontrarse el amuleto Thomsing. Sin embargo, habíamos conseguido librar a un fantasma de su condena de vagar por toda la eternidad, y eso hacía que nos sintiésemos algo mejor. Al menos de momento, ya que el reloj seguía avanzando en nuestra contra. Y cada vez nos quedaba menos tiempo.

—Pero hay una última cosa que tengo que contaros antes de abandonar este mundo definitivamente —añadió Jane—. Es algo que no os he contado sobre la noche en la que fallecí… Tal vez pueda ayudaros a encontrar lo que buscáis.

15

—Muy bien, ya habéis contestado catorce preguntas, solo os falta una, la última. —La esfinge se estaba divirtiendo. Aquello de hacer preguntas era bastante ameno, sobre todo porque no era ella la que tenía que responderlas—. No falléis ahora, o tendré que comeros —advirtió con buen humor—. Vamos allá, esta es muy muy difícil, pero creo que lo vais a hacer muy bien… Me da un poco de pena que esto se acabe, la verdad es que es muy entretenido. Sois unos ignorantes y unos… Bueno, nada, pero lo he pasado genial con vosotros.

Paula y lord Thomas llevaban varias horas contestando las estrambóticas preguntas de Mornia, estaban cansados, hambrientos, acalorados y somnolientos.

—¿Podemos acabar ya con esto? —pidió Paula en apenas un susurro. Estaba agotada.

Encontrar las respuestas correctas había supuesto un esfuerzo tremendo que, sumado al viaje hasta allí, el laberinto, la pelea contra el ajolote y las horas que llevaban sentados en aquel duro suelo de piedra, le empezaba a pesar demasiado en el ánimo. La idea de confesar la farsa se le había pasado por la cabeza en un par de ocasiones; sin embargo, había continuado adelante. No podía decepcionar a Amanda. Su sobrina había asumido sus responsabilidades como heredera de la familia Black sin protestar, trabajando duro y renunciando a muchas cosas para continuar con el legado de sus padres. Si ella, su tía y tutora, confesaba ahora, todo el trabajo de Amanda no habría servido para nada.

No, no podía decepcionarla. Tendrían que seguir hasta que Amanda y Eric diesen con el amuleto.

Por otra parte, lord Thomas había resultado ser un compañero de aventuras más que digno. Si habían llegado hasta la pregunta catorce, había sido gracias a los amplios conocimientos sobre historia que tenía el lord. Eso sin contar con su excelente forma física y su británico sentido del humor. A pesar del agotamiento, no había podido evitar reírse a carcajadas con algunos de los flemáticos comentarios que hacía su amigo ante las preguntas de la esfinge.

Si todo salía bien, en el futuro podía ser un aliado muy útil.

—Muy bien, acabemos con esto —dijo Mornia intentando disimular la decepción que le producía que aquella experiencia acabase lo que para ella era «tan pronto»—. Veamos…, la pregunta es: ¿qué mide ocho mil ochocientos cuarenta y ocho metros? Y las posibles respuestas son: el río Nilo, el monte Everest, la costa del lago Titicaca o la profundidad del océano Pacífico… Venga, tictac, tictac…, que es la última pregunta.

—¿Por qué no nos come de una vez? —murmuró lord Thomas en dirección a Paula, arrancándole una sonrisa de nuevo—. A mí ya me da un poco igual. Yo solo quiero que esta tortura acabe.

—¿Lo sabes? —preguntó Paula sin subir la voz—, porque creo que es el Everest, pero tengo dudas con el Nilo.

—Es el Everest —contestó él—. El Nilo mide seis mil seiscientos cincuenta metros, lo sé porque pasé mucho tiempo en Egipto, investigando una pirámide secreta.

—¿Se lo digo?

—¿Sabéis la respuesta o no? —preguntó Mornia en ese momento —. Es que estáis hablando muy bajo y no puedo oíros.

Una sonrisa sesgada se dibujó bajo el mostacho de lord Thomas.

—¿Podemos plantarnos? —soltó de repente el hombre arrancando otra carcajada a Paula.

—¿Eh? —El rostro de la esfinge reflejó la confusión que sentía ante la contestación de lord Thomas—. No, yo creo que no podéis,

tenéis que contestar… Creo. Es que no entiendo muy bien a qué te refieres con plantaros… Aquí no hay tierra… Para plantaros, tendríais que salir y…

—Da igual, Mornia —interrumpió Thomas—. Solo estaba bromeando… La respuesta es el monte Everest.

—Ah… —La cara de la esfinge se iluminó—. ¡Es correcto! Habéis contestado bien a todas mis preguntas. —Descendió de un salto del pedestal, y este se deslizó permitiendo que los dos humanos viesen las escaleras que descendían—. Podéis continuar, habéis demostrado vuestra sabiduría… Ay, pero esperad un momento aquí, que tengo que daros una cosa.

Mornia bajó los escalones al trote dejando a los dos exploradores muy sorprendidos, pero no podía dejarlos marchar sin darles un premio. Se lo habían ganado a pulso y, tras tantos años devorando gente, había acumulado un pequeño tesoro en sus aposentos. Entró en su dormitorio y rebuscó entre un montón de objetos que había en un rincón. Tras unos minutos buscando los regalos perfectos para sus visitantes, dio con ellos.

Subió las escaleras a saltitos, más contenta de lo que había estado en muchas décadas, se lo había pasado genial con Paula y lord Thomas.

—Bien, bien, bien… A ver… —comenzó la esfinge ante las caras de incredulidad de los dos humanos—. No he tenido tiempo de envolver vuestros regalos, pero no me lo tengáis en cuenta. Para lord Thomas, he encontrado esto, que espero que te guste. Creo que te combina con el sombrero —dijo, tendiéndole un látigo de cuero y una correa, también de cuero, para llevarlo en el cinturón—. Lleva muchos años conmigo, perteneció a un explorador especialmente sabroso.

—Muchas gracias. —Lord Thomas se había quedado sin palabras ante lo inesperado de aquello—. La verdad es que me gusta mucho.

—Y para mi aventurera favorita, tengo aquí algo que le va a encantar. —La sonrisa de la esfinge se ensanchó—. ¡Un sombrero a juego con el de lord Thomas! Perteneció al mismo explorador, un

hombre muy interesante y atractivo… No sé qué Jones, se llamaba. —Mornia se acercó a Paula y le caló el sombrero—. Hoy me habéis ganado. No tiene por qué gustarme, pero he de ser buena perdedora.

—¿Cómo me queda? —preguntó Paula, mirando primero a la esfinge y a continuación a Thomas—. ¿Estoy bien?

—Te queda genial. Estás guapísima —contestó una sonriente Mornia.

—Sí, te va perfecto —convino lord Thomas.

—Bien, pues ya solo me queda despedirme de vosotros —comenzó Mornia—. Ha sido un auténtico placer teneros aquí conmigo. Lástima que haya sido tan corto. Podéis avanzar. —La esfinge se hizo a un lado permitiéndoles el acceso a las escaleras.

Los dos aventureros descendieron por ellas.

Estaban tan agotados que apenas podían mantenerse despiertos.

—Tal vez deberíamos parar y descansar unas horas —propuso lord Thomas.

—Creo que es la mejor idea que he escuchado en todo el día —contestó Paula comenzando a buscar un lugar en el que poder dormir tranquilos y sin riesgos.

Se encontraban en un largo pasillo cuyas paredes estaban hechas con bloques de piedra grisácea. Cada pocos metros una antorcha encendida iluminaba el entorno. No parecía que hubiese nada demasiado peligroso en aquel corredor, así que decidieron parar allí mismo.

Un poco más adelante les esperaba una última prueba.

Tal vez la más difícil de todas.

16

Eric y yo regresamos a la casa con Jane. Cuando llegamos, la fantasma insistió en que teníamos que ir todos al sótano, ya que tenía que mostrarnos algo.

Recorrimos el tétrico pasillo que llevaba a la cocina de la casona, la madera del suelo crujía a nuestro paso, quejándose de nuestra presencia. Eric iluminaba el camino con la linterna, cuya luz se enganchaba en las telarañas y en el polvo que adornaban techos, muebles y cuadros. Cuanto más nos adentrábamos en la casa, más nos dábamos cuenta del ruinoso estado en el que se encontraba… No pensaba volver a quejarme de la Mansión Black en mi vida. Comparada con esta, estaba casi por estrenar.

La puerta que daba al sótano se abrió con un espeluznante crujido cuando la empujé con el hombro.

—Salieron por aquí —dijo Jane señalando los escalones que descendían hasta las entrañas de la mansión—. Los ladrones. No se fueron por la puerta, se fueron por aquí. Mucho tiempo después de morir pude reunir el valor suficiente para bajar al sótano. Siempre me había dado miedo. Por las noches se escuchaban ruidos y voces… Mis padres decían que eran sonidos normales en una casa de estas dimensiones, que podían ser ratones, pero ahora sé que no lo eran. En realidad, siempre lo supe. Había algo raro en este sótano.

—¿Qué hay ahí abajo? —pregunté.

—Mis padres tenían una bodega, tan antigua como la casa. Y algo más. Una entrada. Cuando bajé, ya siendo un fantasma,

encontré una puerta secreta que da a los subterráneos de la ciudad. Fueron la gente de los subterráneos quienes entraron aquella noche en mi casa.

Eric asintió con la cabeza.

—¿Tú sabes de lo que está hablando Jane? —pregunté a mi amigo.

—Es una vieja leyenda —me explicó Eric—. Cuando era pequeño, un día que jugaba en el parque, me desapareció una pelota. Cerca de donde yo jugaba había una pequeña cueva. Me despisté unos minutos mirando a una ardilla, y cuando me di la vuelta, mi balón había desaparecido. Mi abuela, al ver la cueva tan cerca de donde yo me encontraba, me dijo que se la habría llevado la gente de los subterráneos. Me contó que hace varios siglos, cuando la ciudad no era más que una pequeña aldea, un grupo de personas, asustadas por el paso de un cometa, decidieron irse a vivir a las cuevas. Pensaron que allí estarían seguros, ya que, en la antigüedad, los cometas se consideraban augurios de catástrofes y calamidades. Con el paso del tiempo excavaron todo un pueblo bajo tierra.

—Pero ¿cómo va a haber una ciudad subterránea…? Alguien lo sabría, no es tan fácil esconder una ciudad entera… —dije extrañada.

—No lo sé, yo solo sé lo que me contó mi abuela… Era historiadora, dedicó su vida a estudiar la historia de la ciudad, era quien más sabía sobre ella… Y, además, hacía unas croquetas deliciosas… —contestó Eric encogiéndose de hombros—. En aquel momento me pareció un cuento para asustar a los niños, pero cada cierto tiempo alguien o algo desaparece, y siempre hay quien dice que ha sido la gente de los subterráneos.

—¿Puedes enseñarnos la puerta? —pregunté volviéndome hacia Jane.

La fantasma encabezó la marcha escaleras abajo. El sótano era enorme, tan grande como toda la planta del edificio. Los muros de ladrillo acumulaban tantas telarañas que se veían cubiertos por una

capa blanquecina que parecía una mortaja. El techo era abovedado y muy alto. Había cientos de botellas de vino llenas de polvo.

—¿Cómo es que no se han llevado el vino? —preguntó Eric sacando una de las botellas del botellero. Sopló el polvo que reposaba sobre ella, pero estaba tan instalado que no se movió. Pasó una mano por la etiqueta para poder leerla—. ¿Mil novecientos dieciocho? Creo que con esta botella podría pagar todos mis estudios universitarios.

—De toda la gente que ha entrado a robarme cosas, no ha habido nunca nadie que se haya atrevido a bajar aquí —dijo Jane —. Si quieres, puedes llevártela.

Eric volvió a dejar el vino en el lugar del que lo había cogido negando con la cabeza.

Avanzamos por el sótano hasta un muro frente al cual Jane se detuvo.

—Ya hemos llegado.

—No veo ninguna puerta —comenté alumbrando los ladrillos con la linterna de mi móvil.

—Está justo delante de tus narices. Avanza unos pasos, hasta que toques la pared —dijo Jane.

Di tres pasos y mis manos tocaron el muro.

—Muy bien. Ahora gira a tu derecha, avanza tres pasos más y vuelve a tocar la pared.

Hice lo que me decía, pero mis dedos solo tocaron el aire. ¡Era imposible! ¡Si la pared estaba justo delante de mí!

—Es un efecto óptico —me explicó Jane—. Los ladrillos ayudan bastante a perder la perspectiva. Solo tienes que ponerte frente a la pared y avanzar un par de pasos más.

Al hacerlo, vi a mi izquierda una puerta, disimulada tras el muro original.

Era un truco realmente ingenioso. Jane nos contó que más tarde descubrió que la Mansión Mulligan había sido construida por un miembro de la familia que terminó uniéndose a la gente de los subterráneos y que había añadido ese pasadizo para poder visitar a

sus familiares sin correr ningún riesgo.

Giré el pomo y aquella puerta se abrió a la oscuridad.

—Ha llegado el momento de que me marche —dijo Jane a mi espalda. Cuando me di la vuelta, vi que sonreía—. No podré nunca agradeceros lo suficiente todo lo que habéis hecho por mí. Podéis llevaros todo el vino que queráis, no tengo otra cosa… Pero no os lo bebáis —advirtió—. Vendedlo o guardadlo para cuando seáis mayores.

—Ha sido un placer poder ayudarte —dijo Eric.

Tenía los ojos empañados. Mientras esperábamos en el cementerio, me había contado que había sido muy difícil para él escribir la carta a los padres de Jane. Se había acordado de su padre, de su desaparición. Le habían dado ganas de escribirle también, si bien su carta habría sido muy diferente a la de Jane; le habría dicho lo mucho que le quería y lo mucho que le echaba de menos.

Jane, en cambio, narraba los motivos que tenía para haber decidido trabajar con Elsa, las ganas que tenía de ser independiente, de correr aventuras junto a su amiga. Se disculpaba por no haber sido lo que sus padres y la sociedad habían esperado de ella, por no querer casarse, por no querer lo que otros querían para ella. Terminaba diciéndoles que los quería y que esperaba que pudiesen perdonarla.

—Siento mucho haberte asustado antes —le dijo Jane a Eric—. Y tú —continuó acercándose a donde yo me encontraba— no sabes lo mucho que te pareces a Elsa… Ni lo importante que es lo que haces. Tu bisabuela estaría orgullosa de ti.

No supe qué decir. Asentí, sintiendo un nudo en la garganta y las lágrimas intentando escaparse de mis ojos. Habíamos pasado menos de un día con Jane, pero entendía por qué había sido la mejor amiga de mi bisabuela. Me entristecí al pensar que no habían tenido más tiempo para estar juntas, que Jane no había tenido apenas tiempo de vivir. Había pasado más años en este mundo como fantasma que como ser humano.

Eric se acercó a mí y me pasó el brazo por el hombro.

Jane comenzó a desvanecerse. Seguía sonriendo.

—Por cierto, Amanda —añadió—, me encanta ese color de pelo. De seguir viva, yo también me lo habría teñido de morado.

Una sonrisa triste se extendió por mi rostro. Con el rabillo del ojo, vi cómo Eric sonreía también.

Cuando Jane desapareció por completo, me limpié los ojos con la manga y me dirigí a la puerta, todavía cabizbaja.

Teníamos que encontrar a la misteriosa gente de los subterráneos.

Caminamos por los túneles despacio y en silencio, al principio eran simples cuevas de paredes rugosas y bastas, pero, poco después, se convirtieron en muros de ladrillo visto que se unían en el techo formando una bóveda. Había más pasadizos de los que habíamos previsto, así que tuve que hacer uso del único equipo que nunca me olvidaba de llevar encima: el reloj que me había regalado mi tía Paula el día que tomamos posesión de la Mansión Black.

Si bien su aspecto era el de un reloj normal y corriente, con una correa de metal negro y liso y una esfera algo más grande de lo habitual en cuyo contorno había varios botones, también más de los normales, era mucho más que un reloj. Con él podía comunicarme con Benson —un nuevo añadido en el que el mayordomo había estado trabajando durante meses—, contactar y pilotar en remoto cualquiera de los medios de transporte que se guardaban en nuestro taller secreto y hasta trazar mapas, que era lo que me disponía a hacer ahora. Leer las instrucciones de mi reloj y, lo que es más importante, aprender todas sus funciones de memoria me había llevado mucho tiempo, pero por fin podía controlar el aparato con soltura y habilidad. Apenas tuve que mirar la esfera, para apretar el comando de botones que harían que comenzase a trazar el mapa de los subterráneos.

Eric abría la marcha con la linterna y yo lo seguía a apenas un paso detrás de él. Avanzábamos sin hablar, estábamos cansados. Ni siquiera habíamos podido comer desde que estuvimos en la

cafetería del instituto, hacía ya tantas horas.

Tras todo lo que habíamos vivido ese día, me parecía estúpido seguir enfadada con Eric. Se había propuesto ayudar a alguien a quien acababa de conocer y había seguido adelante hasta conseguirlo, si eso no me daba una pista de qué tipo de persona era mi amigo, es que era tonta, pero tonta a niveles estratosféricos, tonta de no saber ni respirar.

Eric era la mejor persona que me había cruzado en la vida, y no quería perderle. Si no le gustaba mi pelo… Bueno, los dos tendríamos que vivir con ello, porque yo tenía derecho a tener el pelo morado y él tenía derecho a que no le gustase. No teníamos por qué estar siempre de acuerdo en todo.

Perdimos la noción del tiempo. Nos pareció que aquellos túneles no acababan nunca. Metros y más metros de ladrillo y negrura, una monotonía rota tan solo por algunas arañas que corrían a esconderse en cuanto la luz rozaba el lugar en el que se encontraban. Había también insectos que preferí no mirar siquiera.

Estábamos a punto de rendirnos cuando escuchamos unas voces algunos metros por delante de donde nos encontrábamos, tras un recodo del camino. No entendíamos qué decían, pero estaba claro que allí había alguien más.

Llevábamos ventaja. Nosotros sabíamos que había alguien; sin embargo, ese «alguien» no sabía que no estaba solo. Por señas le indiqué a Eric que apagase la linterna. Le cogí de la mano y lo empujé con suavidad para pegar su espalda al muro. Me puse a su lado y caminé, sin soltarle, hasta un túnel que había pocos metros más adelante.

—Quédate aquí y no hagas ruido —susurré en su oído, empujándole al interior del túnel.

De un salto, me encaramé al techo y, sujetándome a los huecos que había entre los ladrillos, comencé a avanzar hasta el lugar en el que se escuchaban las voces.

Había mejorado mucho mis habilidades Black —las llamaba así porque, por lo que me había contado la tía Paula, todos los

miembros de la familia las poseían—. Supongo que algo tendrían que ver las tantísimas horas de entrenamiento diario que no me podía saltar bajo ningún concepto. La tía Paula insistía en que esas habilidades podían salvarme la vida, y era muy estricta con el entrenamiento para mejorarlas.

Doblé el recodo intentando que no cayese polvo del techo que delatase mi posición.

Un hombre y una mujer guardaban una entrada. Ambos eran altos y se les veía en buena forma.

Ahora tenía dos opciones: intentar noquearlos o hablar con ellos.

Opté por la segunda de mis opciones. Necesitaba información de aquella gente, así que entrar en su ciudad a base de golpes y patadas tal vez no fuese la mejor de las ideas.

Solté mis dedos y, dando una voltereta en el aire, aterricé delante de ellos.

Ambos dieron un grito y un respingo, pero reaccionaron muy rápidamente y, en menos de un par de segundos, me estaban apuntando con sus armas.

Levanté las manos.

—¿Quién eres y cómo has llegado hasta aquí? —preguntó la mujer.

—Me llamo Amanda Black y vengo a recuperar lo que es mío.

Al escuchar mi nombre bajaron las armas.

—¿Eres una Black? —dijo el hombre—. Pero ¿Black… Black? ¿De los Black de toda la vida?

Asentí, todavía con las manos levantadas.

—Siempre supimos que vendríais. Lo que no entendemos es cómo habéis tardado tanto. Acompáñanos, por favor —dijo la mujer.

—Un momento —pedí—. Alguien más ha venido conmigo, pero lo he dejado en los pasillos, por seguridad.

—Dile que venga sin armas. Aquí no están permitidas las armas —pidió la mujer.

La pareja de guardianes nos escoltó a través de salas y

corredores. Esta parte de los subterráneos estaba iluminada y estaba habitada. Había bastantes personas, de todas las edades. Aquello parecía un pueblo. Todas esas gentes estaban ocupadas en sus tareas; sin embargo, cuando pasábamos junto a ellos, se nos quedaban mirando con curiosidad.

—No os preocupéis: os miran porque no os conocen, y aquí abajo nos conocemos todos —explicó la mujer—. Nadie os va a hacer daño. La mayor parte de las cosas que dicen allí arriba sobre nosotros son falsas.

Según caminábamos, me asomé a algunas de las salas por las que pasábamos. Pude ver el aula de un colegio, una lavandería, una cocina inmensa en la que un montón de cocineros y pinches se afanaba cocinando platos que me parecieron deliciosos, una sala de baños… Parecían organizados, pero, claro, si llevaban siglos aquí abajo, tiempo habían tenido de darle un orden a todo.

—Ya hemos llegado. —El hombre acompañó sus palabras de un par de golpes en una puerta.

A través de la madera nos llegó una voz.

—¿Sí?

—Los Black, señora.

—Oh, por supuesto. —La voz no sonó muy sorprendida—. Que pasen.

Entramos en la estancia. Yo me esperaba un despacho, pero nos encontrábamos en lo que parecía una vivienda subterránea. Una mesa de salón, con unas sillas, presidía el espacio. A la derecha, un sofá de aspecto cómodo y unas butacas rodeaban un televisor y una mesita baja, y a la izquierda, una cocina con todas las comodidades, pero de reducido tamaño. Al fondo, había tres puertas que imaginé darían al cuarto de baño y a los dormitorios.

Una mujer se encontraba en la zona de la cocina. Era alta, delgada como el tallo de una flor, y sus cabellos plateados resplandecían bajo las luces. Lo que me hizo suponer que tenía una avanzada edad. Sin embargo, sus movimientos eran gráciles y fluidos.

—Muchas gracias, podéis volver a vuestro puesto —dijo la mujer con amabilidad a la pareja que nos había acompañado—. Y vosotros, iba a hacerme un té, ¿os apetece algo? —nos preguntó todavía dándonos la espalda.

—La verdad es que me tomaría un té o lo que fuese —dijo Eric con naturalidad. No parecía en absoluto asustado—. Estoy muerto de hambre. —Le di un codazo a mi amigo—. ¿Qué? Es verdad —murmuró en mi dirección.

—Pues un té y bizcocho —rio la mujer echando la cabeza hacia atrás. Al hacerlo, sus cabellos se agitaron y flotaron alrededor de su cabeza. Tenía el pelo más blanco que había visto nunca, como plata líquida, parecía irreal. Había algo en ella que la hacía parecer diferente, como si perteneciese a otra dimensión, una especie de cualidad etérea en sus movimientos y en su voz, pero no conseguía averiguar qué era—. ¿Para ti también, jovencita? Que no se diga que no trato bien a mis invitados.



Asentí mirando a mi alrededor, estudiando el espacio.

—La única salida es la puerta por la que habéis entrado —comentó la mujer sin mirarnos—. ¡Pero qué maleducada soy! Todavía no me he presentado. Me llamo Nora. Soy la delegada de la gente de los subterráneos. Por favor, sentaos, poneos cómodos

mientras termino de preparar esto —dijo señalando el sofá.

Eric y yo nos dirigimos al sofá y nos acomodamos. Al minuto llegó Nora con una bandeja poblada con tazas, tetera y un bizcocho de aspecto suculento. Sirvió el té para los tres, dos generosos pedazos de bizcocho para nosotros y se reclinó en su butaca. Dio un delicado sorbo a su taza antes de continuar hablando.

Yo seguía intentando averiguar su edad. Tenía arrugas en el rostro, no demasiadas, y eran más abundantes alrededor de los ojos, lo que me indicaba que era una persona que solía reír. En sus manos destacaban gruesas venas azuladas, y algunas manchas parduscas salpicaban la palidez de su piel. Concluí que seguía sin tener ni idea de la edad de nuestra anfitriona. Nora podía estar entre los treinta o los cincuenta y cinco años. Una horquilla demasiado amplia.

Su voz, suave y clara, interrumpió mis pensamientos.

—Llevo años esperando tu visita, señorita Black.

17

—Cuando supimos las verdaderas intenciones de Dagon, decidimos guardar el amuleto en nuestra cámara. Entre ladrones hemos de respetarnos.

Medité sobre lo que Nora acababa de contarnos.

La gente de los subterráneos son ladrones, como yo misma. Intentaron subsistir creando redes de comercio con el exterior, pero aquello no funcionó; la gente de arriba, como nos llaman, no se fiaba de ellos y tuvieron que buscar otras vías de subsistencia. Y así fue como se convirtieron en ladrones. Robaban también por encargo, eligiendo siempre a sus víctimas entre los poderosos, «que es una manera como cualquier otra de limpiarte la conciencia», dijo Nora al hablar sobre ello.

En cuanto a por qué llevaban años esperándonos, la respuesta era fácil: sabían que el amuleto que había sido robado hacía tantos años en la Mansión Mulligan pertenecía a los Black.

Uno de sus antecesores en el cargo había aceptado la misión de robarlo. Era la corporación Dagon la que estaba interesada en poseerlo. Más concretamente, sus propietarios, los Dagon. El delegado de la gente de los subterráneos no se había quedado tranquilo, le extrañaba que una corporación tan poderosa necesitase robar un objeto como aquel, que no tenía nada destacable… Hasta que lo investigó. Al descubrir cómo lo había conseguido Jane Mulligan, ató cabos.

Robaron el amuleto, sí; sin embargo, los Dagon nunca llegaron a poseerlo.

El amuleto había sido conservado en las cámaras de los subterráneos, con la intención de tenerlo en un lugar seguro hasta que los Black fuesen a reclamarlo.

Todos y cada uno de los delegados de la gente de los subterráneos ha ido contando la historia del amuleto a su sucesor, preparándolo para el día que llegasen los Black.

Siempre supieron que algún día apareceríamos.

—Entonces, ¿puedes dárnoslo sin más? —pregunté impaciente.

Estaba preocupada por mi tía. No sabíamos cuánto tiempo más podría entretener a lord Thomsing antes de que él descubriese el engaño, así que necesitábamos el amuleto, y lo necesitábamos ya.

—Eso quisiera yo —suspiró Nora—, hace unos años la cámara en la que se conservaba el amuleto fue destruida durante las obras de construcción de un centro comercial. Una excavadora perforó lo que era nuestro techo y, si bien pudimos rescatar algunos objetos antes de que la gente de arriba nos viese, el amuleto no fue uno de ellos. Un obrero lo encontró y se lo dio al constructor.

—¿Sabes quién era? —inquirió Eric.

—Por supuesto, tuve que hacer algunas indagaciones. No podía dejar las cosas así. Su nombre es Marcus Lapin.

—¿Lapin? —Eric y yo nos miramos con sorpresa. Nuestra compañera de instituto y némesis fuera de él, Sara, se apellidaba Lapin, y su padre era constructor.

Nos despedimos de Nora, que nos acompañó hasta una de las salidas que tenían los subterráneos en el parque, bastante cerca de la casa de Sara.

—Suerte, señorita Black —dijo Nora—. Y si nos necesitas alguna vez, ya sabes dónde estamos.

—Gracias, Nora. Lo tendré en cuenta —dije estrechándole la mano a la mujer.

Quedaba poco para el amanecer. Necesitábamos confirmar que Marcus Lapin tenía el amuleto.

Y si así era, necesitábamos robárselo en las siguientes dos horas si queríamos llegar a tiempo a la ciudad perdida.

—¡Este es! ¡Lo tiene la madre de Sara! —exclamé señalando la pantalla del móvil de Eric. Al mío no le quedaba mucha batería, y menos después de todo el rato que llevábamos buscando. Al final, habíamos optado por utilizar el de mi amigo por si mi tía me enviaba algún mensaje o me llamaba—. ¡Y la fotografía es de la semana pasada!

Habíamos hecho una búsqueda en internet, fotografías de los Lapin en diferentes eventos cubiertos por la prensa local. Era lo único que se nos había ocurrido para lograr averiguar algo, para encontrar una pista… Y dábamos gracias a que había funcionado, si no, hubiésemos tenido que rendirnos. Había resultado más difícil de lo que habíamos imaginado. Uno esperaría que, siendo el padre de Sara el responsable de la Concejalía de Cultura y Deportes de la alcaldía de la ciudad, habría más fotografías suyas en la red, pero había entre pocas y poquísimas.

Sabía que era una estrategia pobre, pero no se nos había ocurrido nada más para averiguar si el amuleto Thomsing estaba todavía en poder de los Lapin.

Y así era.

Ahora, necesitaba a Benson cuanto antes.

Envié una alarma al mayordomo desde mi reloj.

Si tardaba mucho en venir a recogernos, llegaríamos demasiado tarde.

Teníamos que aprovechar las pocas horas de oscuridad que quedaban.

En menos de veinte minutos, ya estábamos en la furgoneta con Benson y con todo el equipo que íbamos a necesitar para llevar a cabo la operación de extracción y recuperación del amuleto Thomsing, operación también conocida como el «Robo del Amuleto».

Benson aparcó a pocas manzanas de la casa de Sara. Cuando vi dónde vivía mi querida compañera y archinémesis, no pude más que reconocer que le pegaba: un chalet con piscina en una lujosa urbanización, a escasos kilómetros del centro de la ciudad.

Más elitista imposible.

Como Sara.

Me cambié de ropa en el trayecto.

En principio esto era pan comido. Los drones espía nos confirmaron que había alarmas de movimiento en el jardín. Nada que no pudiese sortear gracias a mis habilidades. Además, todas las puertas y las ventanas de los dos pisos que tenía el chalet estaban conectadas con alarmas que, si se disparaban —y lo harían si eran abiertas desde el exterior—, harían que la policía llegase en menos de dos minutos; sin embargo, el desván contaba con un pequeño tragaluz por el que alguien como yo, bajita y delgaducha, se podía colar con facilidad.

Calculé que podría entrar y salir en menos de diez minutos.

Me llevó algo más.

No contaba con el perro de Sara.

18

Paula despertó apenas tres horas después de haberse dormido. Todo estaba en silencio en aquel corredor en el que se encontraban. Miró al hombre que roncaba con suavidad un par de metros más allá.

Se levantó intentando no perturbar el sueño de su compañero, y dio un vistazo a su móvil, que, a pesar de la profundidad a la que se encontraban, continuaba teniendo cobertura gracias a las mejoras que había hecho Benson en él.

Amanda le había enviado otro mensaje. Sabían dónde estaba el amuleto. Ahora solo tenían que hacerse con él. Creía que en unas pocas horas podrían llevarlo a la ciudad perdida. Solo necesitaba mantener la farsa un poco más.

—Pst, pst…

Paula se dio la vuelta intentando averiguar la posición de quien la llamaba.

—¿Dónde estás? —susurró Paula lanzando una mirada rápida a lord Thomas para comprobar que no se había despertado.

Una figura femenina salió de entre las sombras un poco más adelante.

Miragen.

Paula se acercó, y su amiga le indicó por señas que la acompañase. Tratando de no hacer ruido, Paula la siguió.

Cuando estuvieron a cierta distancia del durmiente, Miragen la avisó.

—Lo que tienes por delante es muy difícil, ¿cómo va tu agilidad?

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó Paula con un poquito de espanto en la voz.

—No se me ocurría nada, y he hecho un puzle, como en los videojuegos… Puede que sea un poco difícil —confesó Miragen sin atreverse a mirar a su amiga a la cara—. Pero no te preocupes, hay un botón del pánico, un resorte que abrirá la siguiente puerta, está escondido en un hueco en el tronco del tercer árbol a mano derecha.

—¿Cómo de difícil, Miragen? —resopló Paula.

—Bueno, tienes que pulsar varios resortes en un orden concreto. Para llegar al primero, tienes que cruzar el lago nadando, trepar por el muro de la izquierda hasta el saliente de arriba y, desde ahí, tienes que saltar al palo que sale de la pared, para después, tomando impulso, meterte en la cueva de detrás de la cascada… La cueva no se ve, pero está ahí. Tendrás que confiar en mí. A continuación, avanza por la cueva…

—¡¿ESTÁS LOCA?! —La interrumpió Paula—. Que ya tengo una edad. Eso parece más que «un poco difícil».

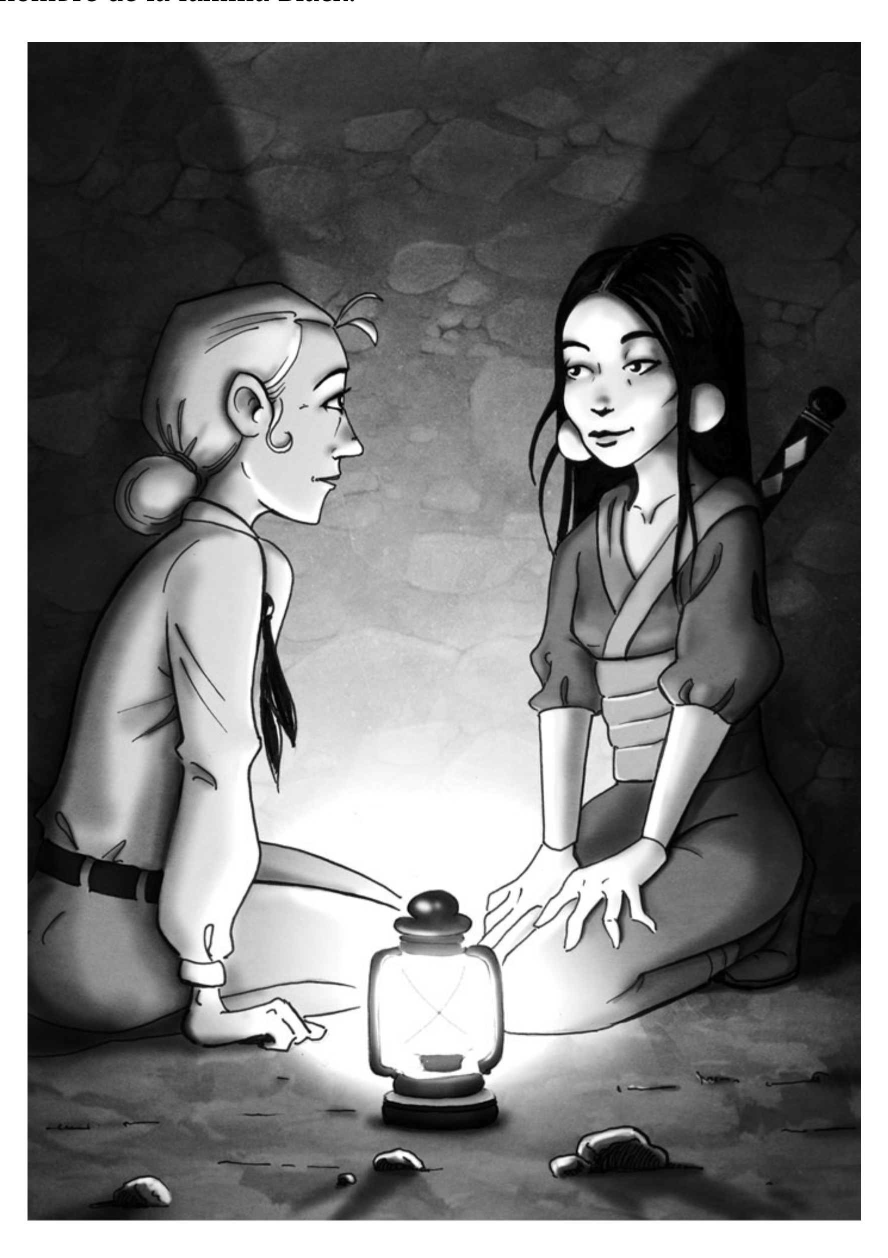
—Sí…, ¿no? Eso me había parecido a mí. Sin embargo, ya no me da tiempo a cambiarlo…

—Amanda me ha escrito. En pocas horas tendremos aquí el amuleto y pienso dejar que Thomas duerma todo lo que quiera.

—Cuando lo tenga en mi poder, prepararé la última prueba, esa será muy fácil. Una vez que hayas pulsado todos los resortes del recorrido… y llegues a la cascada, ya no hay pérdida. Se abrirá una puerta, sobre ella hay una inscripción… Es facilísimo, está junto al lago. Atravesadla y llegaréis a una sala en la que estará el amuleto. Pero no toquéis nada más en la sala o se hundirá el techo. Meteré el amuleto en un arcón antiguo de plata repujada. Solo hay uno, así que es imposible equivocarse. En serio, Paula, no toquéis nada más, o moriréis aplastados por las piedras.

Paula hizo una pausa. Desde que había llegado a la ciudad perdida había sentido varias veces —muchas veces, para ser exactos — deseos de matar a su amiga Miragen, sin embargo, ahora que la

tenía delante, podía ver sus ojeras. Debía llevar sin dormir desde que la llamó por teléfono la noche que había recibido la visita de Thomas. Se había dejado la piel para ayudarla a mantener el buen nombre de la familia Black.



—No te lo he dicho —comenzó Paula—, puede que haya sentido ganas de matarte un par de veces desde que llegamos aquí, pero, en realidad, te estoy muy agradecida. Te debo una. Y muy grande.

—No me debes nada, tonta, para eso están las amigas —contestó Miragen con una sonrisa que iluminó todo su rostro.

A Paula aquella sonrisa le recordó otra ocasión en que Miragen fue a la ciudad a verla. Habían pasado muchos años, pero Paula nunca olvidaría la sonrisa de su amiga.

La llevó al cine, no sin antes explicarle que nada de lo que viese era verdad —no hay que olvidar que Miragen nunca antes había ido al cine—. Cuando comenzó la película, Paula miró a su amiga, que a su vez no podía separar los ojos de la pantalla. Al finalizar la sesión, Miragen continuaba sonriendo extasiada, como una niña de cinco años frente a sus regalos el día de Navidad. Había una cualidad inocente en Miragen que Paula adoraba. Esa capacidad que tenía de disfrutarlo todo, de maravillarse con las cosas más sencillas, como una simple película. Cosas que los demás dábamos por sentadas, para ella eran fuente de felicidad.

—Estás agotada, ve a descansar —le dijo Paula con el tono de una madre muy poco severa.

—Ni hablar, si os pasara algo, no me lo perdonaría. En todo momento estaré vigilando. No permitiré que os suceda nada.

Paula la abrazó muy fuerte.

—Eres mi mejor amiga, ¿lo sabes? —le dijo dándole un beso en la mejilla.

—Claro que lo sé —contestó Miragen. Paula se separó de ella—. Ten cuidado. De verdad que es muy peligroso el salto tras la cascada… Si calculas mal, caerás al agua, pero, aun así, podrías hacerte daño…

—No te preocupes, calcularé bien —dijo Paula con un guiño.

Se despidió de Miragen y regresó al pasillo, en el que su compañero continuaba durmiendo, para tumbarse de nuevo en el suelo. Necesitaba concentrarse para superar la prueba que les quedaba por delante.

Dejaría descansar a Thomas tanto como él quisiera. Cuanto más durmiese, mejor para todos. No podía olvidar que todavía necesitaba ganar algunas horas para darle tiempo a Amanda a llegar a la ciudad perdida.

Solo esperaba que su sobrina pudiese conseguir el amuleto antes de que fuese demasiado tarde.

19

La primera parte de nuestro plan fue como la seda.

Ninguno de los detectores de movimiento consiguió pararme. Pude trepar por la fachada del chalet gracias a la costumbre que tienen muchas personas de poner enredaderas y, con ellas, celosías que las sostengan. Cuando llegué a lo más alto, abrir la ventana del desván fue pan comido gracias a mis habilidades como ladrona.

El desván estaba decorado como una habitación de juegos. Pude ver un par de consolas bajo un enorme televisor plano que colgaba de la pared. Frente a él, un sofá que, teniendo en cuenta el sueño que ya arrastraba, me pareció de lo más cómodo, y una mesa baja. Completaban el mobiliario de la estancia un futbolín, una nevera repleta de refrescos y chocolatinas —lo sé porque la abrí— y una enorme librería llena de cómics y libros.

Había también una puerta que daba a un baño —lo sé porque también la abrí— y otra puerta que conducía a las escaleras que descendían hasta la primera planta de la casa. Y sí, adivina qué hice con ella. Correcto, abrirla.

Bajé las escaleras sin hacer ningún sonido que pudiese delatar mi presencia y enfilé por el pasillo hasta lo que, según la información de los drones, creíamos que era el dormitorio principal.

Me asomé a una de las puertas, que estaba entornada, solo para comprobar que no era la habitación de los padres de Sara. Una cama sobre la que dormía un bulto presidía el dormitorio. A un lado, un escritorio, al otro, un enorme vestidor abierto, con un tocador en una de sus paredes. Me acerqué despacio y miré las fotos

pegadas en el espejo del tocador. Había poca luz, pero era suficiente para que pudiese distinguir a Sara con sus amigas, Sara de vacaciones en una preciosa playa, Sara con un elegante vestido largo del que era imposible averiguar el color… Sara haciendo cosas.

Con mis excepcionales dotes detectivescas, deduje que el bulto de la cama debía de ser Sara.

Aquel vestidor era más grande que el apartamento en el que había vivido con mi tía antes de mudarnos a la Mansión Black. También había más ropa en su interior de la que yo había tenido a lo largo de toda mi vida.

Salí del vestidor, pasé por delante de la cama de Sara, que continuaba durmiendo sin percatarse de que había alguien más allí, y dirigí mis pasos hacia la puerta.

No tuve tiempo ni de dar dos pasos cuando un grave gruñido hizo que me detuviese en seco.

El gruñido fue subiendo de volumen a mi espalda. Yo no me atrevía a moverme. Era como un bucle infinito. Como yo no me movía, el gruñido no terminaba de convertirse en ladrido o mordisco, que eran los dos únicos resultados que mi cerebro había podido encontrar a tal situación. Y como el gruñido seguía siendo eso, solo un gruñido, yo no me movía.

Pero no podía continuar mucho tiempo así porque, tarde o temprano, el sol saldría y los habitantes de aquella casa se levantarían.

Ni que decir que esa no era una opción válida para mí.

Me di la vuelta para intentar ver mejor a la horripilante fiera que amenazaba mi vida.

Primero lancé una mirada a la altura de mis rodillas. No vi nada.

A continuación, bajé un poco los ojos. Nada.

Por fin, miré a mis pies. Ahí estaba.

Un chihuahua.

Más pequeño que mi zapatilla.

Eso sí, hay que reconocer que su gruñido correspondía a un

perro de mucho mayor tamaño, como por ejemplo un mastín, un pastor alemán o el cancerbero que guarda las puertas del infierno.

Me incliné sobre el perrito despacio para que no se asustase, lanzando miradas al bulto sobre la cama, que no se había movido. Unos ronquidos salían, de manera continuada, de entre las mantas.

Podía ser pequeño, pero si ladraba y Sara se despertaba y me encontraba allí, ya podía despedirme del amuleto. El animal habría hecho el mismo servicio que cualquier perro mucho más grande, pero con menos sangre.

Acerqué mi mano despacio al perro, que me olisqueó durante unos segundos para, a continuación, lamerme los dedos. Después comenzó a inclinarse a la vez que movía la cola a una velocidad imposible de captar por el ojo humano, hasta que terminó tumbado boca arriba. Todo el mundo sabe que en el idioma universal canino eso significa «Humano, eres digno de rascarme la barriga».



No me quedó más remedio que rascarle la barriga durante un par de minutos.

Cuando por fin conseguí abandonar la habitación de Sara, el perro me siguió, había hecho un amigo para toda la vida. Solo esperaba que no le diese por ladrar en el peor momento.

Llegué al dormitorio de los padres de mi compañera de instituto y, sin dudar, me dirigí al joyero que había sobre la cómoda.

Lo bueno es que estaba segura de que encontraría el amuleto en ese joyero. Habíamos encontrado más fotografías de la madre de mi compañera luciendo el amuleto, lo lógico es que lo guardase a mano. Lo malo era que la cómoda estaba bastante cerca de la cama y que, para buscar el amuleto tendría que ponerme de espaldas a ella. Si cualquiera de los padres de Sara se despertaba, me vería.

Abrí el joyero despacio. Aun así, las bisagras crujieron. Detuve el movimiento y esperé.

No sucedió nada.

Necesité encender una pequeña linterna, aquel joyero era bastante grande y estaba muy abarrotado, no quería coger una joya cualquiera por equivocación. Rebusqué unos segundos y, por fin, di con él.

Cuando lo guardaba en el bolsillo, escuché movimiento detrás de mí.

—¿Quién eres? —dijo una voz de mujer. Sonaba pastosa y adormilada.

Lo único que se me ocurrió en ese momento fue tirarme al suelo. Continuaba en el suelo. Tumbada sobre mi tripa.

Ya hacía un rato que había escuchado aquel «¿Quién eres?», pero nada ocurría. No se habían encendido las luces, nadie había gritado «¡Llama a la policía!», ni nadie se había levantado.

Algo raro pasaba.

Alcé la cabeza y, poco a poco, me puse de rodillas. Desde que me había tirado al suelo, el perro de Sara había estado lamiéndome la cara y, la verdad, para lo pequeño que era, le apestaba el aliento, era como oler un contenedor de basura, lleno hasta los topes, después de haber pasado varios días expuesto al sol, así que poder salir de su campo de acción fue un alivio.

Me asomé despacio.

Los padres de Sara estaban dormidos.

Los dos.

Me acerqué a la mesilla de la madre, sobre ella había un bote de pastillas para dormir y un vaso con agua.

Ahora entendía lo que había pasado. Aquella mujer ni siquiera se había despertado. Cuando se levantase por la mañana, no recordaría nada.

Había estado cerca, pero esas pastillas me habían salvado.

Salí del chalet siguiendo la misma ruta que había utilizado para entrar y llegué a la furgoneta en la que me esperaban Eric y Benson.

—¡Lo tengo! —exclamé cerrando la puerta—. ¡Podemos irnos!

Ahora teníamos que llegar a la ciudad perdida y era un viaje de varias horas.

Se acababa el tiempo.

20

Estamos llegando. Una hora como mucho.

Paula leyó el mensaje que le acababa de enviar Amanda. Hacía un rato que lord Thomas y ella se habían despertado y se disponían a afrontar su última prueba. Paula solo esperaba que su agilidad no le fallase. Hacía décadas de su último entrenamiento. No había vuelto a entrenar desde que cumplió veinticinco años. Y los entrenamientos con Amanda no contaban, se limitaba a decirle a su sobrina qué tenía que hacer.

El salto del que le había hablado Miragen iba a ser todo un reto que no sabía si iba a ser capaz de superar.

Atravesaron el umbral que les conduciría a la prueba y se dieron de bruces con la jungla. Literalmente. Nada más cruzar la puerta, Paula y lord Thomas tuvieron que rodear un enorme árbol situado frente a ella. Por el grosor de su tronco, debía contar con cientos de años. Cuando consiguieron sobrepasarlo, tuvieron que detenerse, asombrados por la belleza del lugar en el que se encontraban.

Las hojas de los árboles formaban un techo frondoso y verde a través del cual se colaba la luz del sol, inundando el lugar de un resplandor tenue y cálido. Gruesas lianas se descolgaban de las ramas formando una cortina natural que no impedía, sin embargo, vislumbrar pocos metros más adelante un lago de aguas tranquilas y oscuras.

—Esto sí que no me lo esperaba —comentó lord Thomas en un murmullo—. ¿Cuándo hemos subido? Yo pensaba que habíamos

avanzado bajo tierra todo el rato.

—Eso creía yo, pero estos subterráneos son bastante engañosos, por lo visto —contestó Paula mirando a su alrededor.

Estaban en la selva, sí. Sin embargo, un muro de piedras cubiertas de musgo rodeaba todo el perímetro de la zona en la que se encontraban. O eso supuso Paula, ya que no era posible ver la parte más alejada de ellos. Los ojos de la mujer viajaron hasta el tercer árbol a mano derecha. Siempre podría pulsar el botón del pánico del que le había hablado Miragen. Unos metros más adelante había un lago de aguas oscuras. Tendría que nadar para alcanzar la zona del muro que le había indicado Miragen. Su mirada trepó hasta el saliente y después avanzaron hasta la cascada. La ruta no era sencilla.

Necesitaba pensar unos instantes.

Por un lado, todavía tenía que ganar un poco de tiempo para que Amanda llegase con el amuleto.

Por el otro, prefería evitar tener que ponerse a trepar y a dar saltos imposibles.

—Estooo…, Thomas —llamó Paula a su compañero, que se había acercado más de lo deseable al árbol que ocultaba el resorte que abriría la última puerta sin necesidad de hacer la prueba—. No sé tú, pero yo estoy muerta de hambre, ¿te parece si antes de empezar con todo esto comemos algo?

—Pensé que nunca lo dirías. —El hombre sonreía mientras se frotaba la barriga.

Se sentaron en el suelo, junto a la orilla del lago, y comieron algunas barritas energéticas que llevaban en las mochilas. Estaban a gusto a la sombra de aquellos árboles centenarios. Las frescas aguas del lago, donde metieron los pies, evitaron que el pegajoso calor se tornase insoportable. Charlaron como dos viejos amigos durante un buen rato.

Paula había conseguido ganar casi treinta minutos.

No era suficiente.

Se resignó a poner a prueba su oxidada agilidad Black.

—Bueno, creo que sé lo que tengo que hacer —dijo la mujer—. Tú espérame aquí.

—¿Qué te propones?

—¿Ves aquel saliente? —Paula señaló hacia arriba y a la izquierda—. Tengo que llegar allí. Creo que hay una ruta. ¿Ves el palo que hay un poco más adelante? Eso me ha dado la pista.

—Es una locura, no te permitiré que hagas eso —se quejó Thomas—. El amuleto no vale tanto como tu vida. Olvídalo. Nos vamos de aquí, ya está bien.

Paula se emocionó al escuchar esas palabras. Pero faltaba tan poco para lograrlo que prefirió convencer a su compañero para continuar. Lord Thomas refunfuñó durante unos minutos más, pero al final se rindió.

Paula había ganado otros quince minutos a añadir a los treinta anteriores.

Amanda tenía que estar a punto de llegar, si no lo había hecho ya.

Dejó sus botas y su sombrero en la orilla y se metió en las aguas del lago.

Comenzó a nadar, no muy rápido, hacia el muro de la izquierda.

No había tocado la pared, cuando lord Thomas la llamó.

—¡Paula! ¡Vuelve!

Ella se dio la vuelta y buscó a lord Thomas con la mirada.

Lo que vio la horrorizó.

Su compañero había encontrado el botón del pánico y, no solo eso, lo había pulsado haciendo que, en el muro de la derecha, junto a la orilla, se abriese una puerta.

Nadó de regreso, ahora sí, a toda velocidad.

Si Thomas entraba en aquella sala y tocaba algo, el techo se derrumbaría y lo mataría.

—¡Espera! ¡No entres sin mí! —gritó Paula al ver que Thomas desaparecía por la abertura.

Pocos segundos después el hombre volvió a aparecer y se acercó a la orilla.

Paula salió del agua, se calzó las botas, se volvió a poner su sombrero nuevo y, todavía chorreando agua, se acercó a la abertura. Lord Thomas siguió sus pasos de cerca.

—Mira, aquí. —Señaló con un dedo alrededor del umbral de la puerta—. Hay una inscripción. —Paula fingió que leía lo escrito. Estaba en un idioma que ella no entendía, por supuesto, pero eso su compañero no tenía por qué saberlo—. Dice que quien entre en esta sala no debe ser codicioso, que solo tomará un objeto de ella o lo perderá todo.

—Veamos si hay algo que merezca la pena tomar —fue la contestación de lord Thomas antes de entrar. No pareció tomarse muy en serio el aviso.

Paula sabía que lo único que podían llevarse de allí era el amuleto, pero no estaba preparada para las riquezas que se guardaban en aquella estancia: diamantes del tamaño de su cabeza, monedas de oro, joyas y esculturas que tan solo por su antigüedad debían de ser muy valiosas. Lord Thomas lo miraba todo con los ojos muy abiertos, en ellos Paula pudo leer lo deseoso que estaba de llevarse con él todo aquel tesoro. Ella también lo deseaba, pero sabía que de hacerlo, morirían.

El hombre se acercó a un lujoso collar salpicado de enormes piedras preciosas que reposaba sobre un escudo de oro e hizo ademán de cogerlo.

—¡Espera! —Paula le detuvo señalando hacia el fondo de la estancia, donde un cofre de plata, el que le había dicho Miragen, los esperaba al final de unos escalones de madera—. Antes de coger nada, veamos qué esconde aquello.

Paula se dirigió hacia el cofre muy despacio, deseando que Amanda hubiese llegado a tiempo y que dentro estuviese el dichoso amuleto.

Se detuvo frente a la caja, que relucía con los rayos del sol que se colaban por el techo de piedra. Inspiró un par de veces profundamente y levantó la tapa del cofre.

Por el rostro de Paula pasaron varias emociones en el intervalo

de apenas unos segundos. Por suerte, lord Thomas estaba detrás de ella y no pudo ver más que la sonrisa con la que la mujer se volvió hacia él.

En las manos portaba el amuleto Thomsing.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó lord Thomas en un susurro.

Una nueva emoción se abrió paso a empujones en el rostro de Paula: la extrañeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—No pensaba que fueses a encontrarlo aquí —confesó avergonzado. Tras una pausa, continuó—. Nos dijeron que lo habíais regalado, que si os lo pedíamos no lo tendríais… Ahora veo que era mentira.



—¿Quién os dijo eso? —preguntó Paula borrando todo rastro de sonrisa de sus labios. Ahora su gesto era serio, casi amenazador.

Lord Thomas bajó la mirada al suelo.

—No lo sabemos, fue una llamada anónima a mi casa... Por supuesto, hice algunas averiguaciones. La llamada se hizo desde

uno de los edificios que la Corporación Dagon tiene en Asia.

—¿Y por qué no nos lo dijiste aquella noche, cuando viniste a casa? ¿Es que los Thomsing queréis acabar con los Black? ¿De verdad queréis ser unos títeres de Dagon?

—No, no, Paula; no lo entiendes. Teníamos que saber si era cierto o no, y si lo era, había que averiguar cómo habían conseguido la información. ¡Podrían tener micrófonos en vuestra casa desde hace años! ¡O algún espía! Los Thomsing nunca os hubiésemos hecho daño. Lo único que queremos es recuperar el lugar que una vez ocupamos como aliados de los Black.

Fue el turno de que Paula agachase la cabeza. Dudó antes de decir lo siguiente que dijo, pero los Thomsing se habían ganado su lugar a pulso, y si Dagon estaba detrás de todo aquello, iban a necesitar su ayuda. Tarde o temprano, la iban a necesitar.

—¿Y si te digo que, en efecto, Elsa Black regaló el amuleto? —confesó, por fin, Paula.

—Eso no es posible, de lo contrario no tendrías el amuleto en tus manos ahora mismo.

—Acompáñame, Thomas, primero tengo que presentarte a alguien y, después, tengo que contarte una historia.

21

La tía Paula vino a casa de Miragen acompañada de lord Thomas, algo que nos sorprendió a todos, ya que habíamos quedado en que ella regresaría a la ciudad con él una vez que recuperasen la joya familiar, y que nosotros volveríamos después.

—Thomas, te presento a mi amiga Miragen —dijo la tía Paula al entrar—. A Amanda y a Benson ya los conoces, y este de aquí es Eric, amigo y colaborador de mi sobrina. Queridos, contadle a lord Thomas lo que habéis tenido que hacer para dar con el amuleto.

Mentiría si dijese que mi mandíbula no se cayó al suelo por la sorpresa.

Nos llevó un buen rato ponerle al corriente de todo lo que habíamos hecho, primero, para dar con él y, después, para conseguirlo.

En un momento dado, Miragen paró nuestro relato y nos invitó a que nos sentásemos a la mesa. Hasta que no vimos aquellos deliciosos platos locales frente a nosotros, no nos dimos cuenta del hambre que teníamos.

La tía Paula y lord Thomsing, que de repente había pasado a ser llamado Thomas, narraron también, entre miradas cómplices y sonrisas pícaras que me hicieron mucha gracia, cómo habían superado las pruebas que había preparado Miragen para ellos. O yo estaba loca o «algo» estaba surgiendo entre mi tía y Thomsing, para quien todo aquello había sido una gran aventura como hacía años que no vivía. Saber ahora que en ningún momento había corrido peligro no restaba ni un poco de diversión al laberinto o a la prueba

de las preguntas de Mornia, la cual, en su opinión, había sido la más divertida de todas.

Los tres adultos se interesaron por Jane Mulligan y les alegró saber que habíamos conseguido ayudarla. A Benson le habíamos puesto al corriente en el viaje hasta Tilopán. Además, mi tía Paula nos pidió que, una vez regresásemos a la ciudad, la llevásemos a conocer a la gente de los subterráneos porque necesitaba hacerle algunas preguntas a Nora… y tantear su disposición a colaborar con la familia Black en el futuro.

Eric le contó todo lo que sabíamos de Nora. No me había dado cuenta de lo observador que era, se había percatado de cosas que a mí me habían pasado inadvertidas, como que, al caminar, apenas hacía ruido y que su sombra parecía ir por libre. Contó que, mientras Nora cortaba el pastel que nos sirvió, la mano de su sombra había evitado que las migas cayesen al suelo. También habló de su cualidad irreal, como mágica, y al hablar de su pelo plateado, estiró la mano y me revolvió los cabellos. Me hizo reír, como siempre, aunque aparté su brazo con un manotazo. Mientras avanzaba en su relato de todo lo sucedido en los subterráneos, pensé lo terrible que habría sido perderle por una discusión tan estúpida.

Quería a Eric en mi vida y nunca más me iba a enfadar con él por nada, a no ser, claro, que intentase matarme a mí, a la tía o a Benson. Como la probabilidad de que eso sucediese era tirando a baja, me propuse cuidar más de él y de nuestra amistad.

Antes de empezar con el segundo plato, lord Thomas —yo me resistía a llamarlo Thomas a secas— nos pidió ver la fotografía de Jane Mulligan que habíamos encontrado en la biblioteca. Cuando se la dimos, sacó una lupa de su mochila e inspeccionó la imagen con detenimiento.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡Lo sabía! Mira aquí, Paula. —Mi tía se inclinó sobre el recorte que habíamos imprimido Eric y yo y lo escudriñó afilando los ojos—. Así es como supieron que ya no teníais el amuleto, fíjate, Jane Mulligan lo lleva puesto.

Mi tía y lord Thomas cruzaron otra mirada cómplice. No supimos hasta más tarde los temores del hombre sobre tener micrófonos de los Dagon en casa.

Continuamos la comida charlando sobre los detalles de nuestras respectivas aventuras y conociendo mejor a lord Thomas, que resultó ser muy divertido y ocurrente.

—Me alegra que todo haya salido bien y que todos estéis sanos y salvos —dijo cuando ya saboreábamos los postres—, pero ahora queda algo por hacer.

—¿A qué te refieres, querido? —preguntó mi tía deteniendo el movimiento de llevarse una cucharita rebosante de pastel a la boca.

—Este amuleto —contestó el hombre señalando el objeto, que durante toda la comida había permanecido en el centro de la mesa — ha de ser devuelto a su actual propietaria.

—Pero ¿y su madre? —dije yo—. Usted dijo que se estaba muriendo y que quería verlo por última vez…

—Algo tenía que decir para saber si teníais el amuleto. Mi madre está fuerte como un roble, nos va a enterrar a todos. De hecho, si se entera de todo esto, es muy probable que al primero al que entierre sea a mí. Siempre ha dicho que los Black hicisteis lo que teníais que hacer y que nosotros debíamos acatar vuestra decisión.

—No lo entiendo —insistí mirando a tía Paula—. ¿Por qué tenemos que devolverlo si pertenece a los Thomsing?

—No, Amanda, ya no nos pertenece —explicó lord Thomas—. Mi familia lo perdió porque debía perderlo y, por distintos motivos, ha terminado en manos de la madre de tu compañera de clase. No devolvérselo sería robar, y no por los motivos por los que debe robar un Black. Ha de volver a su actual propietaria.

Vi a mi tía mirándole con aprobación y supe que ya estaba todo dicho.

Cada vez estaba más segura de que a la tía Paula le gustaba aquel hombre. Me alegré por ella, se trataba de un tipo muy divertido y, si no contábamos aquel enorme bigote, era muy guapo.

Me dio la impresión de que las pruebas de Miragen habían conseguido unirlos bastante más de lo que yo esperaba.



Tal vez fuese bueno que la tía se echase un novio, así, a lo mejor, era menos estricta con mis entrenamientos. Además, se

merecía ser feliz; eso también. Los últimos años los había pasado alejada de todo y de todos, cuidándome, protegiéndome, manteniéndome oculta para que no me encontraran aquellos que querían hacer daño a los Black. Había renunciado a su vida por mí. Y ahora que yo había aceptado mi herencia, podía volver a ver a sus viejos amigos, a preocuparse un poco por ella misma. A vivir, en resumen.

Sí, mi tía merecía tener su propia vida, y yo no tenía nada que decir al respecto.

Lord Thomas nos hizo prometer que devolveríamos el amuleto y no nos quedó más remedio que aceptar. Sería lo primero que hiciésemos nada más regresar a la ciudad.

Pasamos el resto del día conociendo la ciudad perdida de Tilopán en compañía de Miragen, que nos presentó a Mornia y a Bobbi. A todos nos pareció un lugar hermoso, pero también estuvimos de acuerdo en guardar secreto sobre él. Era el hogar de Miragen, y ella no quería a nadie más allí.

Ya anochecía cuando nos despedimos de Tilopán y de sus habitantes asegurándoles que iríamos a visitarlos muy pronto.
Nosotros, por nuestra parte, cumplimos la promesa que le habíamos hecho a lord Thomsing. Lo primero que hicimos Eric, Benson y yo cuando regresamos a la ciudad fue dirigirnos a la urbanización en la que vivía Sara. Tendría que entrar en su casa del mismo modo que la vez anterior, pero en esta ocasión iba preparada para enfrentarme al perro; esto es, llevaba los bolsillos llenos de golosinas caninas. Tardé mucho menos en devolver el amuleto que a robarlo, ya que mi estratagema funcionó a la perfección. Nada más olerme, el pequeño animal se acercó a mí meneando la cola, así que me vacié los bolsillos y lo dejé zampándose sus chucherías. Cuando quiso darse cuenta, yo ya había dejado el amuleto en su sitio y me había largado sin que nadie, más que él, lo notase.

En el instituto tampoco nadie se había percatado de nuestra ausencia. Esme había llevado a cabo su plan a la perfección y le estábamos muy agradecidos.

Ahora teníamos unos días por delante para poder descansar antes de incorporarnos a las clases.

Y pensábamos aprovecharlos a tope. Cuando eres un Black, nunca sabes cuándo va a empezar la siguiente misión. Podría ser dentro de un mes o en apenas unas horas.

Lo que sí sabíamos era que no nos pillaría desprevenidos… O nos pillaría solo un poco desprevenidos, no mucho.

22

Irma Dagon pulsó el botón del intercomunicador que la pondría en contacto con su secretario. Hacía días que habían alertado a los Thomsing sobre el amuleto. Tenía que faltar poco para que los Black fuesen desacreditados y todos sus aliados, los pocos que les quedaban, les diesen la espalda.

—Peter, ¿alguna novedad sobre el asunto Thomsing? —preguntó la mujer.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Irma podía escuchar los engranajes del cerebro de su subordinado dando vueltas a toda velocidad.

—¿Peter? —volvió a preguntar.

—Sí, señora Dagon. Los satélites han captado una conversación entre el señor Thomas Thomsing y la señora Paula Black tras su viaje a la selva. Por lo que hemos podido entender, ambas familias vuelven a trabajar juntas.

—Está bien, Peter. Gracias.

La calmada voz de Irma Dagon no delató la rabia que sentía en esos momentos.

¿Cómo era posible que ese estúpido de Thomsing volviese a trabajar con los Black?

Si esto seguía así, iba a tener que tomar medidas más drásticas.

Irma se levantó de su butaca tras la elegante mesa de despacho. Dio unos pasos furiosos por la estancia, intentando calmarse y pensar en su siguiente paso.

Al final, la ira se abrió paso en el ánimo de la mujer.

Un chillido de frustración llenó todo el espacio a su alrededor, helando la sangre de Peter, que lo escucho desde su posición al otro lado de la puerta.



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas Qué Leer, Jot Down Magazine y New York Times Book Review y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente, Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es

madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acuciantes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.